ALFAGUARA

Daniela Tarazona

# El beso de la liebre

ALFAGUARA

# El beso de la liebre

Daniela Tarazona

*A María Eugenia Velutini Kochen y*
*Carlos Felipe Tarazona Codina*

Una cosa le llamó extraordinariamente la atención. Durante el descenso, se quitó las botas de vuelo para aligerarse porque iba a caer en el mar y notó que éstas en vez de caer se iban hacia arriba. No sabía cómo explicárselo.
*Sangre en el cielo*, FRANCISCO TARAZONA

He tenido muchos amores —dije—
pero el más hermoso fue mi amor
por los espejos.
"Un sueño donde el silencio es de oro",
ALEJANDRA PIZARNIK

# Uno

## De cómo nació Hipólita Thompson

Si abría los ojos encontraba el velo del líquido turbio. Detrás, apenas a unos centímetros, aquella superficie. Giró sobre sí misma, sintió un obstáculo ante su cabeza y lo empujó, eso que la contenía comenzó a moverse cada vez con un ritmo más acelerado.

Entonces, respiró.

La niña tenía la mirada perdida, como suele pasar con los recién nacidos. Había venido al mundo con una hendidura en superior, a semejanza de la liebre.

La mañana —dijo la madre— ha sido espléndida. Parí con suerte y sin castigo: no he tenido dolores. Me desprenderé de ella con facilidad. Hipólita será enviada a la tierra de los hombres. Ella correrá veloz allí. Porque sí, dijo la madre, porque yo lo digo y Dios así lo dispondrá.

La madre estaba seca pues hacía tiempo que las mujeres, de este y otros pueblos, no podían amamantar a sus hijos. Tuvieron que asistir a innumerables guerras y dejaron a las criaturas sin alimento. La evolución determinó que las nuevas generaciones sobrevivieran de la leche dada por otras especies. Restaban las vacas y las cabras. La madre preparó una mezcla de ambas leches y se la dio a su hija: mojó el dedo índice y lo acercó a la boca de Hipólita que, de inmediato, atendió aquella frescura como algo que debía chupar. Hipólita chupó el dedo de su madre con sus tres labios y se alimentó por primera vez.

Luego, la nana trajo un paño de cielo y lo empapó con la leche: sobre los labios de Hipólita puso la tela mojada. Ella bebió así y fue aumentando de peso y tamaño con el paso de los días.

Hipólita Thompson buscaba las formas de las cosas con los ojos desde la cuna: esa canasta de fibras recubierta con una tela que olía a la lavanda que conocemos pero con cierto fondo ácido. Sonreía porque encima de ella revoloteaban dos golondrinas; el movimiento ya le hacía gracia desde entonces.

La madre se acercó para cubrir a Hipólita del frío de la noche. La niña extendió su pequeño brazo e hizo con el dedo índice una señal negativa, le dijo a su madre que no deseaba cubrirse, pero su madre creyó que era un movimiento casual; menospreció así los talentos inusuales de su hija, que ya conocía el lenguaje del cuerpo.

Su padre se había manifestado en forma de tormenta la noche de su nacimiento.

—Pero ¿cómo la envío? —preguntó la madre, mirando las nubes iluminadas.

—Sepárate de ella, yo me encargaré —dijo Dios con una voz grave que ella escuchó dentro de sí misma.

Y la madre se alejó al alba.

## De la manera, en que Guillermo Thompson recibió a Hipólita en la tierra de los hombres

El tránsito de Hipólita a la tierra de los hombres es misterioso. Se afirma que la persona que surtía de medicamentos al padre terrenal de Hipólita, Guillermo Thompson, vio que una mujer grávida se detuvo frente a la casa.

Guillermo Thompson la encontró dormida dentro de una canasta azul en el rellano de la puerta. Aquel hombre había sido elegido por Dios: no se trataba de una persona especial, como podría conjeturarse, sino de un hombre solo que necesitaba atender a una niña de brazos para no morir de tedio. El hombre era huérfano (sus padres habían muerto en la Primera Guerra). Algunos daños irreversibles, sufridos mientras era soldado, le hicieron la vida difícil. El peor de ellos era el más evidente: su rostro estaba desfigurado de manera imposible de detallar. Las cuencas de sus ojos eran dos agujeros profundos en los que parecía no haber nada. Su boca era un pequeño orificio y la ausencia de dientes le daba el aspecto de una momia. La nariz estaba señalada por dos orificios desiguales.

Había sobrevivido gracias a indemnizaciones gubernamentales, ayudas otorgadas por asociaciones a favor de los derechos de las víctimas de la Primera Guerra y a él mismo, también, pues a pesar de su fealdad nunca había pensado en matarse.

Recogió a Hipólita e hizo un gesto peculiar que en él era una sonrisa. Ella abrió los ojos y miró a quien iba a ser su padre adoptivo.

Cuando Guillermo sostuvo a la niña entre las manos, ella le habló:

—Me llamo Hipólita —dijo, con una voz sorprendente pues era la voz de alguien mayor.

En la madrugada, un rayo de luz púrpura se posó sobre la boca de Hipólita sin alterar su sueño. Así, ella amaneció con una cicatriz que sustituía la hendidura en sus labios de liebre.

La llevó a la huerta porque necesitaba cortar los frutos justo al mediodía. Guillermo creía en supersticiones y si el sol no se encontraba en el centro del cielo, era incapaz de tomar el fruto de los árboles. La huerta se extendía a una distancia que doblaba el terreno que ocupaba su casa, allí compartían tierra los ciruelos, los manzanos y los perales.

Guillermo cortó las peras que estaban maduras; como buen labrador las identificó por los picotazos de las aves. Las ciruelas eran las frutas más afectadas pues su suavidad las convertía en una carne vulnerable. Las ciruelas se parecen a mí, pensaba Guillermo, y sonreía.

Hipólita movió los pies dentro de su canasta para hacerle ver a Guillermo que estaba viva.

Guillermo desgajó la pera y se metió uno de los pedazos en la boca. Hizo gestos que espantarían a cualquiera porque al masticar su rostro se movía de manera desordenada, como si fuera a explotar o a desaparecer, tragado por sí mismo. Deshizo con las encías uno de esos pedazos y se lo dio a Hipólita, ya reblandecido.

—Come, hija —dijo Guillermo, con el cuenco ennegrecido de sus ojos y cierto movimiento del cuello; un gesto que recordaba la ternura de un rostro común.

Hipólita hinchó los cachetes y sus fosas nasales se abrieron para dejar salir una parte de su aliento: masticaba la fruta. De este modo se alimentó y creció cada día.

Meses más tarde, cuando a Guillermo se le notaba cierta jovialidad en su manera de caminar —en efecto: la llegada de Hipólita a su vida era un aliciente que necesitaba para no morir de aburrimiento—; cuando Guillermo daba pasos largos con seguridad sobre el suelo fértil de la huerta, pensó que Hipólita debía comer otra cosa. Pensó que era tiempo para que probara el sabor del huevo de gallina.

Tomó uno de los huevos y lo frió con mantequilla en una sartén. Al estar en su punto de cocción, lo sacó y lo sirvió en el plato de Hipólita, que tenía dibujada un ave anaranjada sobre la porcelana. Era uno de los pocos platos que le quedaban de la vajilla de su madre. Hipólita estaba sentada en un sillón. Guillermo se acercó y le dio un pedazo pequeño de la clara, bañado en la yema. El líquido amarillo se quedó sobre los labios de Hipólita mientras comía. De bocado en bocado abría más los ojos, admirada por el gusto del huevo.

Guillermo supo que si Hipólita seguía alimentándose de esta manera, empezaría a caminar mucho antes de lo que pensaba. Sintió felicidad porque estaba siendo capaz de ser padre.

Ella estuvo de pie por primera vez en el solsticio de verano, un año y pocos meses después de su nacimiento.

Los días transcurrieron en paz. En aquel lugar donde el Estado le había dado asilo a Guillermo, no existía ningún otro habitante. Las autoridades cercaban los alrededores para que nadie encontrara a los heridos de la guerra. Ninguna persona convivió con él durante ese tiempo, excepto el hombre que le entregaba sus medicamentos y las herramientas para que desarrollara sus labores.

Guillermo Thompson salía por las tardes a buscar restos de metal

por el campo del Territorio de Aislamiento. Las guerras anteriores —y las familias que habitaron aquellas tierras— dejaron a su paso pedazos de metal: balas perdidas, partes de aviones o utensilios de cocina. Dos tardes a la semana, recolectaba aquellos pedazos para llevarlos a su casa y fundirlos en el horno que el Estado le había otorgado para ocuparlo en una tarea útil; el Estado le asignó la profesión de herrero. Cada fin de mes, un hombre venía a recolectar el valioso trabajo de Guillermo. Porque Guillermo convertía aquello en armas, en cuchillos luminosos, en cofres para guardar dinero, en espadas, en cajas para almacenar municiones; también hacía candados. Los rastrillos de tierra eran menos apreciados por el Estado, y el hombre que venía a recolectar los productos terminados arrugaba la nariz cuando le presentaba el rastrillo con los dientes perfectos para recoger hierba.

Guillermo e Hipólita eran amables uno con el otro. Los años transcurrieron. Él sentía algo dentro de sí que le producía satisfacción: era el amor hacia su hija y la sensación de libertad que experimentaría a través de ella, porque sabía que conocería el mundo.

Una tarde, cuando Hipólita estudiaba, miró el dibujo de un cuerpo humano en su libro de Ciencias Naturales y le preguntó a Guillermo qué era ese músculo rojo del pecho.

—El corazón es un pedazo de carne que palpita. La sangre se beneficia de su fuerza y el cuerpo sería inconcebible sin esa carne viva. El corazón es el centro de todo lo existente —le dijo Guillermo a Hipólita—. Por ejemplo: tú estás aquí porque tu corazón lo permite.

Hipólita imaginó un corazón más grande que ella, pero no supo por qué.

Pasaron cuatro estaciones ocho veces e Hipólita estaba ya de pie frente al corral de las gallinas, llevaba un vestido hecho de la ropa del propio Guillermo, quien había aprendido a coser y cocinar antes de su estadía en los talleres del hospicio. Todos estos años, ellos vistieron prendas hechas con parches. Las telas, eso sí, eran de primera calidad para que no se gastaran nunca, según los asesores del Programa de Aislamiento.

Una crisálida llevaba días pegada a la corteza del árbol. Guillermo le mostró a Hipólita los cambios que había sufrido.

—Es la voluntad del encierro. Tal vez no puedes comprenderlo aún, pero este animal crece por sí mismo, como otros dentro del cuerpo de sus madres, sólo que la crisálida procura su propia mutación. Tú vas a resucitar, Hipólita, y la resurrección es ventura y ruina —le dijo Guillermo, mientras movía su boca desdentada como si alguien más hablara dentro de él. Enseguida, puso la yema del índice sobre la mancha de nacimiento en la corva de Hipólita: —Aquí está la marca.

Hipólita había cumplido ocho años. Cuando recogía los huevos,

entre el olor a animal vivo y los cacareos ásperos de supervivencia, experimentaba una enorme emoción al sostener aquellos óvalos frágiles y tibios entre las manos.

Por la conciencia que le dio la edad, aprendió a alejarse del gallinero para que alguna de las gallinas pusiera un huevo en soledad.

Una mañana, al regresar de la huerta, observó que Guillermo estaba con el oído pegado a la bocina del radio de transistores y escuchaba las noticias de la tarde. Lo miró negar con la cabeza. Guillermo le dijo que habían iniciado los bombardeos en la ciudad.

Hipólita observó a su padre y pensó que en los días recientes él no había dejado de toser por las noches. Guillermo le había hablado de la enfermedad como un estado peligroso del cuerpo. Sabía que su padre estaba enfermo y sintió impotencia, pues no sabía cómo aliviarlo.

## Del día en que Hipólita Thompson creyó ver a su madre

La mancha de nacimiento que tenía en la corva se había desplazado al muslo, debido a su crecimiento. La cicatriz de los labios ya era oscurecida por el sol.

Cuando estaba por cumplir diez años, Guillermo la llevó al bosque para mostrarle el punto central de los vientos, allí podrían ver con exactitud su porvenir; pero al estar cerca de obtener el trance, vio que una mujer con un vestido rojo, a la que identificó de manera instintiva como su madre, caía por la ladera de una montaña parecida a la que visitaban. Confundida, al no distinguir entre el sueño y la alucinación, Hipólita dejó resbalar a su madre. También vio todo lo demás: el órgano de su cuerpo dentro del cuerpo de otra persona, sus córneas en la mirada en un rostro que no era suyo, la boca siempre abierta de un hombre, en fin…

Al volver en sí buscó a aquella mujer entre la espesura del bosque. Era de noche, ya. Se acercó a la ladera y vio, en la ribera del río, un manchón color rojo: el cuerpo muerto de su madre. Pero el cuerpo desapareció ante sus ojos. Era un espejismo.

Las mujeres pedían leche para sus hijos en el Dispensario Nacional de Leche. Hipólita había caminado a las afueras del Territorio de Aislamiento para surtirse de hilos y velas.

Nadie supo cuál fue la primera mujer que dejó de producir leche. Hipólita había escuchado aquella historia de labios de su padre.

El orden evolutivo obligaba a aquellas hembras a formarse.

Al regresar, se guardó en los brazos de su padre y dijo:

—Vi a las mujeres.

Él le sonrió.

Luego, Guillermo sólo dijo que deberían agradecer al Estado por haber prevenido las reservas de leche materna antes de la crisis.

Otras mujeres habían sido ordeñadas. En realidad, existían presidios donde sobrevivían mujeres lactantes, mujeres encintas y mujeres que parían; volvían a estar encintas y parían de nuevo. El Estado mantenía en cautiverio a las mujeres más jóvenes; fecundaba sus entrañas y les sacaba la leche como si fuera la sangre que necesitaban las mujeres yermas para devolver el rubor a los rostros de

sus hijos famélicos.

La fila de mujeres fue entonces un espejo múltiple; amontonadas bajo el sol, lloraban por su mala fortuna, ellas también tenían hambre.

Los niños tomaban aquella leche envasada por el Estado; en la etiqueta de los frascos, Hipólita leyó: “Leche pura de mujer”.

## Dos

## Sobre la creación del corazón de Hipólita

Dios le pidió al emisario que preparara un corazón poderoso para Hipólita. El emisario tomó la carne de dos aves celestiales y siguió las instrucciones de Dios al pie de la letra. Metió la carne fresca de las aves dentro de un bolso de fieltro que anudó con la cinta brillante otorgada por Dios. Luego, Dios juntó las palmas y permaneció así durante algunos minutos. Avisó al emisario que había transcurrido el tiempo justo. El emisario le entregó el corazón, que comenzó a latir dentro de la bolsa. Dios le ordenó al emisario que esa misma noche abriera el pequeño pecho de Hipólita para intercambiar su corazón silvestre por el magnífico que acaba de crear.

Hipólita despertó a su padre. El llanto se habría escuchado en las casas vecinas si hubiera existido alguna otra vivienda en el Territorio de Aislamiento. Guillermo la cargó y notó que Hipólita tenía fiebre. La llamó por su nombre y ella no respondió, parecía dormir aún. La desnudó para hundir su cuerpo en el agua fría de la tina. Cuando le acercó la luz de la vela para ver su rostro y sus ojos en blanco, descubrió una herida en forma de cruz en el centro de su pecho. Guillermo Thompson no encontró explicación alguna. Pasó la yema de sus dedos sobre la cicatriz para conocer su trazo.

A pesar de aquel suceso, Hipólita despertó sin ninguna marca en el pecho. Guillermo estuvo sereno porque sabía que sus ojos deficientes podían perder de vista los detalles e incluso, en ocasiones, alcanzarían a hacerle parecer cosas que no existían.

Guillermo Thompson, antes de dormir, metía sus ojos en agua. Al fondo de aquellas cuencas que parecían estar vacías había dos globos oculares comunes que enjuagaba para quitarse la abrumadora pesadez de lo que había visto y el brillo de la luz solar, cada vez más inclemente sobre sus antiguas pupilas.

Hipólita recordaba el cazo de agua con los ojos de su padre flotando.

El emisario había olvidado un detalle: Dios también le había pedido que pusiera hojas frescas de lúpulo dentro del bolso. El lúpulo podría haber contrarrestado la rebeldía.

Por eso Hipólita fue una mujer primitiva.

Se habían mostrado ya los primeros signos de la fatalidad en los

campos de cultivo. Por la mañana, notó la preocupación en los ojos de su padre que miraba la huerta desde la ventana.

El agua comenzaba a escasear. No había señales de que eso cambiaría, mucho menos con la cuadra industrial inaugurada unos meses atrás, a la par del Territorio de Aislamiento.

Hipólita Thompson había decidido abandonar a Guillermo. El alcance de Dios turbó su corazón y cambió la lealtad por el hambre.

Dios la quería en la ciudad para desarrollar sus planes e insufló en ella el deseo de escapar del Territorio para dejar de sentir el estómago vacío.

Sabía que el momento de la muerte de Guillermo llegaría mientras trabajara en el campo, solo, en cuclillas; caería fulminado por la enfermedad, su cuerpo se descompondría y se volvería comida para los buitres y las hormigas.

Hipólita le dio un abrazo y vaticinó:

—Morirás hincado en la tierra.

Él aceptó que ella le diera esa versión del futuro. Las facultades adivinatorias de Hipólita ya habían dado señales de acierto con anterioridad, y estos agüeros se cumplieron.

A la noche siguiente, ella salió de la casa sin detenerse a observar por última vez el rostro deforme de Guillermo y, justo cuando atravesó la puerta, él soñaba con una mujer.

## De los primeros sucesos en la ciudad: las jornadas de trabajo

—La ciudad es peligrosa —le dijo Hipólita a Marcelo, su compañero de trabajo en los hornos de una panadería.

—La ciudad me ha hecho aprender porque donde yo vivía nada podía imaginarse así. En el campo las cosas son como se ven, eso no demerita su riqueza en absoluto, pero el paisaje no es artificial, ¿entiendes? Aquí es extraño notar la inteligencia humana en los edificios, en las calles, en el transporte.

Marcelo no la miraba, la escuchaba sin dejar de barnizar los panes.

—Sí, pero para vivir aquí necesitamos trabajar todo el día y la noche. La ciudad es el imperio del dinero.

—A mí no me importa trabajar y tampoco me importa el dinero —dijo Hipólita.

—Pues qué suerte tienes —respondió Marcelo.

La panadería era un sitio oscuro. Hipólita sudaba mucho ahí por el calor de los hornos. De las dos a las cuatro de la madrugada amasaba, formaba y acomodaba el pan en las charolas. Después lo horneaba y, alrededor de las cinco y media, el pan estaba listo para ocupar los estantes.

Aunque no se quejaba, aquel trabajo le parecía absurdo. Habían transcurrido seis meses desde su llegada a la ciudad y ya estaba hastiada de la rutina, su idéntico desarrollo le debilitaba el ánimo. A menudo recordaba imágenes del pasado, en los días en que la vida era más simple allá, en el Territorio de Aislamiento.

Marcelo e Hipólita esperaban a que se cociera el pan. Él, que había permanecido con la curiosidad guardada, ahora quiso saber por qué estaba sola, y en dónde vivía su familia. Le preguntó:

—¿Cuándo estuviste enamorada?

—No lo recuerdo —dijo ella, pero mentía pues nunca lo había estado.

—¿Y tu familia, tus padres?

—Mis padres murieron en la Guerra de las Cinco Puertas —afirmó, y mentía otra vez.

Luego cambió el tema de conversación y habló de las quemaduras

de sus manos para que Marcelo no le preguntara nada más.

Las madrugadas en la panadería eran tan parecidas que ya no distinguía una de la otra. Pasaban los meses y perdía el sentido del tiempo. La compañía de Marcelo era, con el transcurso de los días, irrelevante. Él parecía pensar lo mismo. Hipólita lo reconocía en cada jornada: es un rostro demasiado familiar, decía para sí misma, aunque notaba nuevos gestos en él: parecía ser otra persona y la misma a un tiempo. Poco a poco, Marcelo se había convertido en un trabajador silencioso, y sólo soltaba bufidos cuando cargaba los costales de harina. No era más él y, sin embargo, parecía el mismo de siempre.

Una mañana durante los tiempos de calor, cuando Hipólita regresó a su casa, un cuarto con cocina y baño, se miró en el espejo y no supo quién era. Su rostro antiguo se le había borrado, era otra persona que desconocía. Frente al espejo, afirmó:

—Esa no soy yo.

El martes, cuando puso las sobras de su comida en el plato de los perros, bajo el sol del mediodía en el patio que estaba a la par del cuarto de los hornos, descubrió una nueva mancha en el brazo. Era un lunar deforme cuyo tamaño la sorprendió. Sabía que la gente llamaba a esas marcas “señas particulares”. Lo había escuchado por la radio.

Entró y le dijo a Marcelo que tenía un lunar en el brazo que antes no había visto.

—Debe ser porque el invierno me tuvo con las mangas largas. Tal vez, mi piel se manchó durante el invierno y no me di cuenta.

## De cómo la recibió la ciudad, llena de peligros inimaginables

Al llegar a la ciudad, cuando su cuerpo era aún joven, de carne que al ser tocada parecía estar rellena de agua, cuando los músculos todavía no cobraban la fuerza que tendrían en sus mejores años, sucedió la persecución.

Corrió. Tenía tras de sí a un perro furioso. El perro comía personas porque no existían ya asilos para los animales, tampoco alimentos.

Hipólita se despeñaba por la calle para salvarse. ¡Te va a alcanzar!, gritó un ciudadano. Ella se volvió para medir la distancia de la amenaza. Girar la cabeza tuvo consecuencias trágicas. No creyó en su salvación, no creyó tampoco que eso le estuviera pasando y, al mirar hacia atrás, dudó. Quedó derrumbada bajo un poste de luz: no previó el golpe brutal sobre su rostro. El ciudadano sacó su pistola de uso común y le disparó al perro que, antes del golpe, ya había alcanzado a morderle una nalga.

Un hilo de sangre corría sobre su frente.

El ciudadano que la salvó de peor suerte la observó sin saber qué hacer ante lo ocurrido: se había herido la frente. La nalga le ardía.

Esa vez no murió.

Cuánta fatalidad encontraré aquí, pensó al incorporarse poco a poco.

Hipólita sería pobre, pues el sueldo de panadera no le alcanzaría más que para los gastos mínimos.

## De la manera en que Hipólita Thompson recibió otros talentos designados por Dios

Una mañana cálida de primavera, Hipólita fue llamada por su nombre en el mercado; la voz venía de un hombre joven vestido con ropa deportiva. Jamás lo había visto y primero frunció el ceño, después lo saludó desde lejos; temía que la memoria le fallara.

El hombre se acercó sonriendo, al estar frente a ella la saludó de nuevo y dijo que era un emisario; se quitó la gorra como un gesto cordial y volvió a ponérsela, siguió:

—Sabemos que tu corazón tiende y tenderá a inquietarse por la mala vida de las personas. Pues bien, Dios necesita a alguien que ejerza la justicia y defienda la ciudad de la guerra. Por eso tendrás otros atributos particulares. Serás poderosa con sólo mirarme.

El emisario sonrió como si terminara un trámite de servicio al cliente, era profesional y no podía dejarse llevar por sus emociones —aquella encomienda era un asunto de trabajo—; Hipólita lo miró por un momento y sintió que sus pies despegaban del suelo, tuvo comezón en los pechos y, finalmente, un calambre en la nuca. El emisario hizo el gesto que la perdería: puso el pulgar sobre la frente de Hipólita para que ella lo escuchara aun al estar dormida. Le dijo:

—Mi voz está dentro de ti desde ahora.

Escucharás los designios de Dios a través de mi boca. Mi lengua se moverá para pronunciar las palabras que Dios me pida. Sé responsable de lo que hoy te he otorgado por la Gracia del Altísimo.

Antes de irse le habló al oído.

Ya sabía cuáles eran sus facultades. Iban a manifestarse una a una, según las palabras del emisario.

Salió a comprar tela para su nueva ropa. El emisario le había dicho que era necesario que vistiera de manera especial, que tuviera un traje para realizar sus misiones. Sería de color rojo: un pantalón con aplicaciones de lentejuelas en el bies de los bolsillos y el dobladillo, y una camisa del mismo color, sin mangas, así evitaría que la tela se le percudiera con el sudor y movería sus brazos con libertad.

Cosió su traje durante la tarde y cuando hubo terminado, se lo probó. Hizo algunos ajustes en la cintura porque la tela se fruncía a la altura de la barriga.

En aquel tiempo era indispensable identificarse de algún modo. Ella compró los documentos. Como nadie podía referir su origen, aceptó que el falsificador escribiera la palabra “finado” y “finada” para llenar la línea en donde debía poner el nombre de sus padres.

El destino comenzaba a mostrar sus necesidades, sólo opacadas por el malestar de algunos pensamientos: veía a su padre envuelto en una cobija y sufriendo de fiebre. Cuando hablaba, lo hacía en un idioma que ella no comprendía. Sabía, a pesar de no entenderle, que estaba pidiendo ayuda. Pero Guillermo Thompson para entonces ya había muerto.

En otras imágenes inclasificables, aparecían personas desesperadas, que levantaban las cabezas hacia el cielo. Entonces escuchaba sus voces: la muerte de Dios, la muerte de Dios, decían. Los hombres tenían los ojos llenos de lágrimas, al igual que las mujeres. Los rostros de los niños desvalidos sobre el suelo, desnudos, señalaban la proximidad de una catástrofe. Hipólita cerraba los ojos y veía aquellas manos sostenidas hacia lo alto, las manos desesperadas que le suplicaban a Dios.

## Sobre las empanadas rellenas de un pudín de origen incierto que investigó Hipólita Thompson

Hipólita no había probado alimento en semanas. Su trascendencia estaba garantizada porque al no necesitar alimento dominaba gran parte de sus instintos y, además, sin alimento no necesitaría defecar. Era el puro lujo. No desprendía olores tampoco, más que los propios, los de ella.

—Ninguna toxina animal ni vegetal modifica el olor de mi cuerpo. Es aséptico, ¿entiendes? —le dijo a Marcelo.

Él no consiguió comprender cómo era posible que ella no comiera.

Una vez más habían traído el pudín para rellenar las empanadas, que eran la especialidad de la panadería. Ni Hipólita ni Marcelo sabían de qué estaba hecho. "Pudín vitaminado con alto contenido de azúcar y grasas", rezaba la etiqueta de un gigantesco bote industrial.

Marcelo insinuaba que el pudín estaba hecho de carne de personas enfermas.

—Pero tratan la carne de los cuerpos —le decía a Hipólita—. Los limpian con sustancias

—Está bien, si es así, no es tan malo.

Sin embargo, un día, Hipólita buscó la fábrica del pudín y entró disfrazada de empleada, con un overol azul marino y las siglas CH sobre el pecho y la espalda. Le confesó sus planes a un trabajador, le dijo quién era y argumentó la necesidad de conocer los pormenores acerca de la fabricación del pudín, pues el sobrino del señor Smith, dueño de la panadería, se hacía millonario de manera demasiado veloz y a ella le parecía injusto; el empleado la escuchó con los ojos abiertos, parpadeó hasta que ella terminó de hablar y cuando Hipólita le preguntó: ¿Piensa que hago bien en hacerme pasar por una empleada para entrar a la fábrica de pudín?, el empleado dijo que sí y asintió varias veces con la cabeza.

Hipólita vio algo que nadie habría imaginado jamás. Dentro de la galera principal de la fábrica estaba la pecera más grande del mundo, con toda seguridad, y en ella una ballena gris. De la pecera salían

tubos enormes. Cuando observó con atención, notó que el animal tenía heridas en la mitad del cuerpo y que algunas sangraban. Un buzo estaba haciéndole una incisión rectangular del tamaño de un hombre. Hipólita se quedó quieta y escondida tras una estantería ocupada por botes rojos. El buzo llevó consigo el enorme pedazo de carne de su tamaño y salió del agua.

—El pudín —le dijo al día siguiente a Marcelo— se hace con la piel de una ballena viva.

—Eso es imposible.

—No lo es. Lo vi con mis propios ojos, y ese animal era una ballena.

—No. Lo que viste fueron los restos de los soldados enemigos, es su carne compactada y ennegrecida por el tiempo.

## Acerca de las facultades especiales de Hipólita Thompson: la suspensión aérea y la telequinesia

Los fines de semana Hipólita se imbuía en tareas domésticas. Así, descosió una falda para hacerse una camisa de manga corta. Las facultades de coser y descoser eran muy apreciadas en esos tiempos y, por fortuna, Guillermo Thompson le había enseñado a hacerlo bien.

Las personas no contaban con ropa que ponerse. Ya no existía la abundancia anterior. Las telas de fibras naturales se habían acabado en el mundo y el uso del poliéster había provocado enfermedades de la piel.

Imaginen que ven sus ojos de cerca, tan cerca de los ojos de ella que la perspectiva se distorsiona y ya no puede saberse si el globo está hecho de cristal o de carne. De cerca las cosas cambian.

Ella busca defender. Pero aún no sabe cómo. Lo que la alimenta es la soberbia, aunque también la compasión. Tenía claro que, para sobrevivir después de la Primera Guerra, había que alentar la fortaleza de la mente y el cuerpo.

Juntó los tobillos para comprobar que el principio de suspensión aérea entrara en funcionamiento; flotaba por el cuarto. El vuelo era el segundo talento, así lo anunció el emisario.

Elevada, con la coronilla rozando el techo, se divertía moviendo los muebles de la sala.

Su tercer talento era la telequinesia. Sentada en el sillón, hacía que la mesa se transportara de un lado a otro o que los objetos, una caja de madera antigua, un candelero y dos campanas de bronce para llamar a un vigilante que nunca conoció (rentaba el cuarto amueblado por una mujer de alta alcurnia venida a menos), fueran de una de las mesas de la esquina a los estantes de los libros. Y las campanas sonaban.

Tras acomodar las cosas casi como estaban antes de que comenzara a entretenerse con sus talentos, se quedó pensativa. Tocó el suelo y se sentó, recargó la cabeza en el lomo del sillón y estuvo, de pronto, triste.

Estuvo triste porque dentro de sí la búsqueda del equilibrio le

pareció una tarea inútil. Pensaba, claro está, en un equilibrio absoluto.

Entonces, imaginó alcanzar el equilibrio del mundo; cavilaba en contrarestar los infortunios como un principio.

—Es un principio —dijo—, porque tengo que vivir de algún modo, y para vivir tengo que ocupar mis talentos.

Tras levantarse de madrugada para ir a la panadería, sintió rigidez en las piernas y supo que debía apresurarse. Atribuyó aquello al haber dormido más de la cuenta pero era resultado, en verdad, del cuarto don manifiesto.

Salió a la calle y comenzó a caminar, pensó que era tarde y sus piernas se movieron más rápido; la velocidad llegó a sorprenderla cuando observó que los coches de la avenida quedaban atrás, y no lo percibió, pero la velocidad fue tanta que la hizo invisible.

Un pie detrás de otro. Daba pasos, aún sentía la tierra con los dedos, pero de pronto se despegó del suelo. Las plantas de los pies estaban a unos centímetros del piso, apenas lo necesario para dar pasos sin golpearse los talones.

No se trataba de un traslado. Ella no iba. El desplazamiento de Hipólita era anómalo, por eso atravesaba las dimensiones físicas, estaba hecha de otra sustancia —o deshecha, si se entiende mejor—. Su velocidad descomponía su cuerpo, se trasladaba y, en segundos, su carne era materializada de nuevo; entonces volvía, reaparecía. Cuando estaba de regreso, jadeaba, resoplaba, tosía.

Aquella madrugada de septiembre, mientras colocaba crema pastelera en los bollos, Hipólita vio un anuncio extraño en la pequeña televisión: “Queremos ofrecerle al público un producto que dé confianza, que le haga creer en el mayor de nuestros anhelos: la juventud eterna”. Y la imagen mostraba a una mujer que miraba el horizonte, en su porvenir se veía a ella misma, esa era ella, y resultaba idéntica a Hipólita pero aún más sonriente. Puso el índice sobre la pantalla, en la frente de esa mujer del futuro, y lo deslizó, como si la tocara.

Al dejar la panadería, los periódicos ya estaban apilados junto al quiosco de la esquina, compró uno y al abrir la primera sección se encontró de vuelta con el rostro de aquella mujer. Puso el dedo sobre el papel y después se lo llevó a la boca, probaba su sabor. Los hombres habían inventado un nuevo papel que guardaba sabores artificiales. Aquella mujer tenía el gusto de la nuez, y debajo de la imagen se leía: “El futuro es una semilla”.

Hipólita sonrió, iba a reír a carcajadas pero sintió pudor. La nuez no es una semilla, dijo para sí misma, la nuez es un fruto.

## Del modo en que Hipólita Thompson reveló su rostro ante los ojos de un hombre

El sábado, día de descanso, tomó su bolsa de mandado. Buscaba clavos para colgar los cuadros que había dejado aquella mujer sobre el suelo. Y compraría un cable nuevo para la lámpara de mesa que no conseguía encender.

Se puso su traje, preparada para defender y salvar.

En un cruce de calles, un hombre menudo se miraba los pies. Puso uno sobre el asfalto cuando un coche pasaba. Hipólita lo cogió de la cintura como si fuera a bailar con él, sorprendiéndolo por la espalda.

Después lo llevó a una cafetería cercana, pues le pareció que no necesitaba ninguna revisión médica, pero sí una bebida azucarada para reponerse. El hombre dijo que le agradecía su ayuda y que había escuchado rumores sobre su existencia:

—Siempre he creído que eras una creación de la imaginación humana para que viviéramos con esperanza, pero ¡eres real!

Hablaron durante un rato más. Él le contó que trabajaba en una granja de avestruces en las afueras de la ciudad.

Cuando él se alejó del restaurante concluyó que, de ahora en adelante, dejaría de pensar en sí mismo al cruzar cualquier calle. Se alegró, sin embargo, de haber conocido a Hipólita Thompson.

## Sobre la propaganda del Estado

La tierra se cultiva con dedicación, repetía al regar las dos plantas de su casa. Era una frase que había memorizado de los labios de Guillermo Thompson en el Territorio de Aislamiento. Además, la leyó en un libro escolar, gastado de tanto uso (otros niños como ella, cientos quizás, habían aprendido con él); junto a la frase, aparecía la imagen de una mujer con overol que recogía la siembra. Era una mujer que miraba la tierra y, además, hundía su mano entre el polvo fino de aquel terreno fértil.

"Cosechar para crecer", decía ahora el anuncio de conservas que estaba encima del edificio frente al suyo. Algunos aspectos de la ciudad habían sido ideados para que los habitantes no se extraviaran en el camino de su existencia, como los anuncios. El Estado guiaba el ánimo de los ciudadanos con propaganda laboral: frases que alentaban el gusto por la producción y la abundancia, para indicarles que producir los conduciría a la trascendencia. La crisis era disfrazada de júbilo, pero pocos ciudadanos se daban cuenta.

# Tres

## El enamoramiento de Hipólita Thompson

Se vio vencida por la fuerza del amor. Los humanos comunes eran, tal vez, más fuertes que los héroes, por eso soportaban la decadencia propia del enamoramiento y afrontaban con mayor suerte sus efectos. Para los héroes como ella, la bondad del afecto era un terrible antídoto de la fuerza física e interior. La única manera de salvarse del sufrimiento habría sido perder el corazón. Por eso soñó que le sacaban el corazón del pecho. Luego, el sueño se volvió realidad, como veremos, y ella misma miraría su corazón sostenido por alguien, su corazón fuera del cuerpo.

—Este corazón me pertenece —había dicho la voz de un rostro con los ojos infectados.

El día en que Hipólita se enamoró del emisario sufrió un accidente mortal. Él la había besado durante la noche. Algo dentro de su mente se desajustó por causa del amor y pensó que la puerta para salir de su casa era la ventana. La mente de Hipólita estaba nublada, debilitada por el amor, como si fuera un vegetal. Abrió las dos hojas de la ventana y salió al aire para caer con la fuerza de su peso sobre el suelo. Ocho pisos de caída libre y luego, aquella muerte.

La sangre corrió sobre el cemento. Su cráneo estaba quebrado. La ambulancia llegó y bajaron dos hombres de complexión mediana que la vieron allí, sobre el suelo. Tomaron la bolsa de tela que llevaba atravesada al cuello y sacaron su identificación. Hipólita Thompson, leyó uno. Fue llevada al hospital sólo para que los médicos confirmaran su muerte. Lo extraño fue que uno de los hombres de la ambulancia aseguró escuchar los latidos de su corazón dentro de la caja torácica que estaba también comprimida por el golpe. Vieron que Hipólita llevaba una tarjeta de donación voluntaria de órganos y que había marcado con una cruz el recuadro junto a la palabra “páncreas” y la palabra “córneas”, entonces, los médicos fueron a cumplir su última voluntad.

Hipólita, muerta, miraba hacia un lado.

Sus labios guardaban la sonrisa tonta que tenía justo al momento de salir por la ventana. La sonrisa del amor que ondulaba su labio superior.

—La sangre es un tejido líquido —escuchó Hipólita, sobre la

plancha fría del forense.

—En la agonía de los necios, el cuerpo se aferra a la vida, aunque no responda ya a ningún estímulo. Hay estados decadentes en que los enfermos están muertos pero nadie se los ha dicho. Hay vivos que están muertos, aunque engañan a la vista —dijo la enfermera de mayor edad a la aprendiz, que atendía aquellas palabras como si escuchara la voz de su madre.

Los médicos le abrieron a un costado del vientre y sacaron un pedazo de carne poco común: era pequeño y amarillento. La superficie de esa criatura interior, del órgano, estaba marcada por arrugas finas; algunas de sus partes tenían cierta transparencia, la luz atravesaba la carne rugosa y, en su centro, estaba guardado un poco de líquido espeso. El páncreas de Hipólita fue puesto en un recipiente con líquido. El médico con mayor experiencia cosió la piel de manera dedicada, como si esa piel fuera a mostrarse más adelante a alguien.

El páncreas, ya con una forma distinta por la gravedad y fuera del cuerpo, tenía el aspecto de un ser viviente y, aunque nadie lo notaba, iba cobrando belleza: era una sutil belleza que nadie habría podido nombrar. La carne era de consistencia misteriosa y vivísima. Ese órgano era la más preciada de las cosas en el universo porque su carne era semejante a la carne del páncreas de cualquier persona. En su similitud estaba su potencia.

## Acerca de la primera resurrección de Hipólita Thompson

Hipólita cerró los ojos. El movimiento de sus párpados indicó que el trance mortal terminaba. Se incorporó despacio. La herida en la piel de la muñeca se había cerrado. El hueco estaba lleno de nueva cuenta. Sintió un sabor acre en la boca. Poco a poco, recuperó la visión. Giró la cabeza para acomodarse el cuello con un tronido de huesos. Chasqueó la lengua y produjo con su movimiento saliva nueva. De pie, miró alrededor. Era un momento de calma. El desahucio y aquella sensación dentro de la boca, la pastosidad de la saliva, el sinsentido, el abandono de la vitalidad, dejaban su cuerpo. La agonía no era soportable, por eso sobrevenía la muerte. Hipólita, aunque poderosa, asumía aquel final, el derrumbe. Así se lo había indicado el emisario: para resucitar era preciso morir.

Reelaboró el accidente. Sonrió porque no tuvo alternativa. Entonces, entendió su regreso a la vida y su inmortalidad.

Pocos habitantes en la ciudad contaban con un techo sólido. Porque la evolución de la especie —propiciada por las manos cansadas de Dios— debilitaba las almas, las distraía, las ocupaba tanto y de tan honda manera en sí mismas, vueltos los rostros a la contemplación de las virtudes o las desgracias propias, que los ciudadanos eran torpes para vivir.

Las casas se erigían en desorden con los desechos de los grandes palacios. La pobreza era notoria, como también las viviendas de lujo.

Más tarde, Hipólita pronunció con dificultad las primeras palabras tras su resurrección, quiso describirle al emisario lo que había experimentado mientras agonizaba, dijo:

—No lo puedo nombrar.

Estaba vestida con su overol de pana, al que le había cosido una tela anudada en la cintura que recogía con las manos para extender los brazos a los lados y parecer un ave. Se había hecho aquel traje inspirada en las revistas. El Estado obligaba a los obreros a llevar puesto un overol. Ella le añadió las alas para recordar a las aves que visitaban el Territorio de Aislamiento. Se compró unas botas nuevas, con las puntas de metal, y se miró, con el traje completo, frente al espejo.

Hipólita estaba perdiéndose en su soberbia. Dios le había pedido al emisario que le advirtiera sobre el riesgo que corría al creer en sí misma y alardear sobre sus facultades frente al espejo.

Por la noche, el emisario apareció de pie junto a su cama. Despertó con un silbido a Hipólita Thompson y le transmitió el mensaje de Dios. Le dijo que si se miraba al espejo para decir cualquier palabra que le complaciera el ánimo, Dios le daría un castigo ejemplar.

—Podrías ser quemada o ahorcada en la Plaza Mayor —la amedrentó el emisario.

Y por primera vez, Hipólita le tuvo temor a Dios.

Antes de irse, el emisario la besó metiéndole la lengua a la boca.

## Sobre Vladimir y Madame Noël

Ella se llamaba Suzanne Blanca Margarita Gros, y llevó el apellido de su esposo, Vladimir Noël, un cirujano afamado por haber reconstruido los cuerpos lisiados de los combatientes de la ciudad en la Segunda Guerra. Y Vladimir también había reformado los cuerpos de algunos niños nacidos con anomalías: uno de ellos fue Iván, cuyas manos eran semejantes a las pezuñas de un caballo. Iván no tenía dedos, en su lugar mostraba un pedazo de carne con una sola uña. Vladimir estuvo siete horas de pie, concentrado en recortar los dedos ocultos del niño, empecinado en lograr la movilidad normal de sus falanges —sobre todo, deseaba que Iván tuviera las articulaciones necesarias para emplear los dedos pulgar e índice como una pinza—. Iván tenía que sujetar las cosas, pensaba Vladimir.

Las manos de Iván fueron operadas por Vladimir Noël cinco veces más. Después de la quinta cirugía, Iván tuvo cinco dedos en cada mano. Sin embargo —sin que lo dicho demerite el talento de Vladimir Noël—, Iván estuvo gobernado siempre por la voluntad de los caballos: lloraba como si emitiera relinchos, enfurecía y daba coces. Iván era un salvaje.

Su vida adulta fue violenta pero con cierta virtud conciliadora, como si en cada momento de rabia recordara el sufrimiento pero también la alegría que experimentó durante la reforma de sus manos. Vivió con una mujer cuyo nombre no conoció nadie y tuvo dos hijos. Ellos no nacieron con pezuñas y por eso nunca comprendieron el drama animal de su padre.

Madame Noël asistió a Vladimir en las cirugías de Iván. Aprendió de él y copió los mecanismos de corte y sutura que Vladimir empleaba. Después, Noël cosería las pieles aún mejor.

Vladimir y Madame Noël se quisieron como saben quererse los humanos.

Una mañana, Noël despertó y miró el rostro de Vladimir, observó que tenía los ojos abiertos y no respiraba. Había muerto. Noël, puesta la mano sobre la frente fría de Vladimir, tuvo el primer pensamiento sobre la inmortalidad: entonces la deseó con las entrañas.

La mente de Noël se descompuso tras la muerte de Vladimir.

Años más tarde, la ambición de producir un ser inmortal se

incrementó. Cada acción suya buscaba redimir el deceso de su esposo. Para eso alteró sus creencias y transgredió los límites de su mente. Su mirada fue haciéndose cada vez más dura, y sus ojos se perdieron en el dolor.

Y dejó el hospital. Llevaba a cuestas una maleta mediana. Subió al autobús y no tuvo claro si regresaría al día siguiente.

Ya había pensado en su creación.

Buscó un asiento y acomodó el bolso junto a los pies. Vio que una araña pequeña bajaba del techo deslizándose por un hilo fino. Miró sus patas en movimiento, la araña tejía y descendía.

Desde el autobús, Noël observaba las consecuencias de la virulenta epidemia. Los ciudadanos llevaban tapabocas, no caminaban juntos y guardaban entre sí la distancia necesaria para evitar el contagio. Se trataba de una enfermedad cuya potencia residía en la soledad de los hombres. La falta de convivencia y los innumerables fármacos que promovió la medicina preventiva del Estado habían dado lugar a un virus que atacaba la sangre de quienes se habían protegido con mayor ahínco contra las enfermedades conocidas.

Madame Noël baja del autobús, aún tiene el paso seguro de quien no ha conocido el mal. No le restan muchos años antes del paso a la ancianidad, pero el cuerpo de Noël demuestra potencia. La calle está sola. Camina hacia su casa. La noche anterior preparó albóndigas y arroz, piensa en ello y saliva, tiene hambre. Se ríe de sí misma, de su hambre. Cuando está cruzando la calle, mientras la falda se le levanta un poco por el viento, perdida en sus propias gracias, una grieta se abre en el paisaje. De la ruptura sale una luz amarilla que le hace cerrar los ojos. Se trata de otra falla de la visión provocada por las pruebas del Estado. Noël cae boca abajo y pierde el conocimiento.

Ahora está en una habitación, junto a ella, tras la cortina verde, hay otra mujer. Noël ha perdido la vista.

Los médicos le preguntan si tiene algún familiar. Dice que no, que está sola. Noël escucha que la mujer ha muerto y ha donado sus órganos y también sus ojos. Dicen que pueden trasplantarle sus córneas. Noël se siente aturdida. Cuando vuelven a preguntarle si acepta la cirugía y subrayan que la oportunidad de contar con una donadora es extraordinaria, Noël acepta.

El médico mira el pecho de Hipólita y piensa en su mujer. Compara, como si se parecieran, el pecho de ella con el de su mujer; el médico es un hombre de ideas extrañas. Acaricia los pezones de Hipólita y piensa que esa noche buscará la piel de su mujer bajo las sábanas.

Hipólita Thompson tenía los ojos de un verde sucio. El médico, con el rostro detrás del microscopio, engancha a sus párpados dos espéculos de Castroviejo para mantener abiertos los ojos y procede a

cortar la gelatina de los globos ahora amarillentos por la muerte. El médico controla su pulso, contiene la respiración y separa las córneas de Hipólita.

Allí quedan los ojos de ella. Tras los cortes, los ojos no sangran. La luz brilla sobre las pequeñas superficies mermadas.

Entonces, el médico puso las córneas de Hipólita Thompson en un recipiente especial. Unas gelatinas minúsculas que guardaban el tesoro de todo lo visto; con ellas era posible la luz, las nervaduras de las hojas, las infinitas imágenes del mundo conocido.

Su cuerpo ahora iluminaba el cuarto de la morgue. Los médicos forenses levantaban la sábana que la cubría, presos de su encantamiento.

—Quiero verla —decía uno.

—Sus manos salvaron a mi hija del fuego —afirmaba otro.

Ella desconocía su propia muerte y por eso en toda ocasión se veía tan serena ante los ojos de los hombres.

La cicatriz al costado del vientre, engrosada por sus deficiencias genéticas, tenía para ese momento la textura de un cordón. Allí, sobre la piel blanquísima, la cicatriz era un camino hacia algo. ¿Hacia qué? No se puede saber, pero, tras resucitar, cuando pasó los dedos sobre su cicatriz, recordó la muerte recién sucedida y lo que había experimentado antes: el amor.

Madame Noël espera que el médico salga por la puerta del quirófano y vaya a su habitación, no se queda tranquila hasta escuchar que las córneas están sanas. Noël siente un apretón en la boca del estómago; otra vez verá los colores.

La Gran Peste ocupaba los cuerpos, su contagio era inevitable. Los hombres de ciencia entregaban sus conocimientos en noches de desvelo; el Estado proveía de agua y medicinas a las poblaciones más pobres. Al igual que en otros tiempos, la enfermedad corría de los cuerpos bien alimentados a los desnutridos, ocupaba un organismo y otro con idéntica virulencia.

Hipólita supo de la Gran Peste poco después de que se hubiera extendido por el mundo. Dios no procuraba una prueba de resistencia; él mismo desconocía el remedio de aquella enfermedad, como desconocía tantos hechos.

Hipólita pensó que debía acudir al Hospital General para ayudar a los moribundos, o salvarlos si encontraba el modo. Fue. Entró al ambulatorio, observó multitudes, apenas podía transitar por los pasillos, hombres y mujeres lloraban la pérdida de sus seres queridos. Los médicos se resguardaban bajo escafandras, al igual que las enfermeras. Hipólita se presentó con un joven aprendiz de neumólogo:

—Soy Hipólita Thompson y vengo a ayudarles.

El joven la saludó, sus ojos estaban hundidos en el rostro,

adornados con dos ojeras negras, profundas, y la palidez de su piel indicaba que llevaba al menos siete días sin conciliar el sueño. Por eso, él pensó que Hipólita era una aparecida. Por las noches de guardia, sus compañeros hablaron de Hipólita, como si se tratara de la protagonista de una leyenda. Así, con la mente alterada, el joven médico pensó que deliraba, pero luego aceptó que ella era la misma de las historias y apretó con fuerza su mano para comprobar su corporeidad.

Le pidió que lo siguiera. Hipólita fue detrás del médico, atravesando puertas abatibles, cortinas azules de plástico y, finalmente, entró a una sala con treinta y seis camas. Algunos pacientes gemían, otros rezaban en un susurro sostenido.

El médico se disculpó y la dejó en la sala. Cuando ella iba a agradecer sus atenciones, de su garganta salió una voz grave, desconocida, que dijo en voz baja:

—Morirás como ellos.

Hipólita no pudo frenar esas palabras, se sobrepusieron a ella. Cuando se dio cuenta era demasiado tarde: una voz que no era suya atravesaba su boca.

El emisario miró a Dios para preguntarle las razones de aquel hurto:

—¿A qué se debe eso?

Y Dios dijo que llevaba días sintiéndose ignorado por los hombres, y noches pensando de qué modo podría inmiscuirse sin que identificaran sus dictados. Quise transmitir el temor de la Gran Peste apropiándome de la voz de Hipólita, quizá no sea una acción de alcances magníficos pero observa al médico, mira su rostro de pavor. Me satisface lograr eso.

El neumólogo murió por efectos de la peste ocho días más tarde. Hipólita no lo supo, como tampoco sabría que, innumerables veces, su voz sería sustituida por la de Dios en formas diversas, incluso en la voz de un niño.

La Gran Peste era el hecho más injusto desde su llegada a la tierra de los hombres.

La mañana en que Hipólita tuvo noticias de la Gran Peste, vio sus piernas cubiertas de escamas. Se miró en el espejo y vio su lengua partida en dos. Pensó que estaba perdida en un sueño pero no fue así. Dios observó los cambios de Hipólita desde lo alto: sintió desagrado y pensó en la Antigua Serpiente. Ahora Hipólita se parecía a ella y él tenía que actuar. La serpiente era el Mal. Había que desaparecer del mundo a todas las mujeres que tuvieran escamas. Había que desaparecer a Hipólita Thompson, pensó Dios. Nada le producía tanta rabia como ver la lengua de ella, así, dividida. Llamó al emisario y le pidió que esa misma noche entrara a la habitación de Hipólita y le

arrancara una a una las escamas mientras dormía y que, después, le abriera la boca para cauterizarle la lengua; ella despertaría por el dolor.

—Es terrible —dijo Dios—. Desconozco sus atributos ahora que se ha convertido en el animal que encarna la maldad. No existe otro modo para resolver esta falla sin nombre.

El emisario escuchó a Dios con respeto. A la noche siguiente, acudió a casa de Hipólita, entró a su habitación mientras ella dormía, la destapó y vio sus piernas cubiertas de escamas, tal como Dios le había dicho. La observó con calma, algo en esa piel le resultaba hermoso, comenzó a arrancarle las escamas desde los pies, vio cómo los poros escondidos debajo sangraban un poco. El emisario había puesto su mano sobre la frente de Hipólita para que su sueño fuera más profundo y no sintiera dolor.

Horas más tarde, cuando comenzaba a amanecer, el emisario le quitó la camisa a Hipólita y clavó su mano en el centro del pecho, movido por el instinto. Ella abrió los ojos con espanto. El emisario metió su mano dentro de aquella carne para llevarse el corazón mejorado por la divinidad. Ella exhaló el aire que le restaba dentro de los pulmones y cerró los ojos de nueva cuenta.

Dios observaba las acciones del emisario. Estaba orgulloso de su trabajo pero inquieto por la atracción que el emisario sintió hacia el cuerpo de su hija. Reflexionaba con el ceño fruncido. Sin embargo, sacándole el corazón el emisario sentiría que alguna vez habría podido amarla y estaría en calma para siempre. Dios creía a pie juntillas que tenía la razón. Estaba excitado y extendió la mano sobre los hombrecillos de barro e hizo que la peste se multiplicara y la población se viera mermada de manera considerable.

El emisario observó el corazón de Hipólita latir durante un tiempo. Luego se atrevió a realizar un acto por su libre albedrío —y es que la tentación era demasiada—: el emisario desgajó el corazón de Hipólita como si fuera un fruto y extrajo el filtro de la juventud y vio que en uno de los ventrículos había una cápsula de plástico y dentro de ella un pedazo de papel con letras en un idioma extraño. Él no había puesto aquella cápsula dentro de su corazón. Quiso descifrar lo que allí estaba escrito pero no lo consiguió.

Al estar frente a Dios, con el corazón de Hipólita en la mano derecha, el emisario le preguntó si podía decirle qué estaba escrito en aquel papel. Dios aceptó que él había colocado aquella cápsula con sus propias manos.

—Nadie, ni siquiera tú, debía conocer esas palabras en el idioma de mis antepasados —luego caviló, y cedió ante la curiosidad del emisario que, a pesar de sus antojos, había realizado tan bien su trabajo—. No se trata de algo extraordinario. Allí está escrito su

nombre. El nombre es lo único que permanecerá inalterado en su existencia, ¿entiendes? No existe nada que pueda entrometerse en su nombre.

## Acerca de las cualidades magníficas de su voz

Su atención se disipó cuando tragó saliva y habló —probaba así la consistencia de su voz, que era más grave en ese momento, con una tesitura honda—. Y entonces, de manera natural, probó reproducir las voces de las personas que había conocido hasta entonces en la tierra de los hombres: la mujer que le rentó el cuarto, la voz de Marcelo, la del hombre del puesto de periódicos, y cuando había repasado aquellas voces escuchadas, Hipólita transgredió los límites pues la última voz que reprodujo para sorpresa de sí misma fue la de su padre, Guillermo Thompson. Las modulaciones que consiguió le parecieron exactas, se sorprendió a tal punto que corrió al espejo para mirarse y asegurarse de que su rostro siguiera siendo el de ella y no el de Guillermo Thompson.

La imitación de voces era un talento natural de Hipólita y no tenía que ver con las facultades especiales que Dios le había concedido. Su voz era poderosa porque podía ser como la de cualquier otra persona. Podía engañar.

Se echó en el sillón, recordó la última conversación con Guillermo, en la verja de la casa:

—Te quiero, padre —había dicho Hipólita.

Y Guillermo Thompson, besándole la frente le había respondido:

—Tendrás buena fortuna.

Se preguntó sobre el significado de la buena fortuna. Marcelo le había explicado que se trataba del estado agraciado de aquellos que cuentan con buenas experiencias. Y ella, entonces, sintió la buena fortuna de ser lo que estaba siendo.

## Sobre su residencia en el asilo de indigentes y el sentimiento de la fugacidad de la vida

Hipólita se pasó la mano sobre el pelo y entre los dedos sintió la rugosidad de una semilla de diente de león. La guardó como una prenda en la pequeña bolsa que le colgaba del cuello.

Mucho tiempo después, la bolsa de tela fue vaciada sobre la mesa de recolección de un empleado de la campaña de reciclaje, instaurada por el Estado, y el empleado llevó la semilla a su casa y la sembró. De ella creció una planta en su jardín.

Hipólita pidió asilo en una residencia para indigentes. Le habían subido el alquiler del cuarto y no podía pagarlo. Allí lavó su traje con detergentes de buena calidad y peinó su pelo hasta que volvió a brillar.

Aprendió a bordar y a construir arreglos florales, estaba sobreviviendo gracias a las Estrategias de Asistencia Social sostenidas por el Estado. Quién lo diría.

Al paso de los meses, vendió sus bordados dispuestos en fundas de cojines, manteles y servilletas.

Los habitantes de la residencia estaban solos en el mundo.

En esos días, Hipólita salía por las noches: evitó dos robos y ayudó a todas las personas mayores que vio a cargar las bolsas de compra, cruzar las avenidas y leer las etiquetas de los productos en los supermercados; separó a dos niños que peleaban a la salida de su escuela, enseñó la carestía a los compradores de las grandes tiendas, quienes tenían recursos en exceso y no eran capaces de imaginarla.

También salvó a una mujer de la furia de su hijo. Hipólita vio cómo ese hijo maltrataba a su madre y lo detuvo.

Luego sacó de un asilo a una abuela que estaba gritando ¡libertad! por la ventana de su cuarto. Hipólita tocó el timbre y dijo: Vengo a visitar a mi tía María, y entró para burlar a las enfermeras y sacar del brazo a la vieja, enfurecida por el encierro.

Sin embargo, a pesar de estos esfuerzos y de acatar los designios de Dios, se sintió insatisfecha. La vida era tediosa y el tiempo corría demasiado aprisa. La vida duraría poco. ¿Qué necesitaría?

Primero pensó en integrarse a las filas del ejército. Luego, en formar una familia.

Se fue concentrando cada vez más en sí misma y acrecentó su vanidad.

Hipólita había pasado su día de descanso lavando y cosiendo sus trajes. Necesitaría ser más cuidadosa en adelante para no desgastar o romper las telas en cada accidente.

Las aventuras, sus salvamentos, la orillaban a destruir los trajes de los codos (hacía tiempo que sus trajes tenían manga larga): con el ángulo de los codos se había defendido muchas veces, y las rodillas también estaban gastadas, por andar hincada sobre los empedrados de las calles. Los pliegues se percudían de manera veloz —el sudor de Hipólita era más corrosivo que el de una persona común.

Y estaba recostada en el sillón de la sala del asilo para ver el noticiero de la tarde, cuando vivió la mayor sorpresa que la televisión le había dado. Hipólita conoció a Johanna Tunoir, la mujer que había perdido el rostro tras la mordedura de un perro; el animal le arrancó la nariz, el mentón y los labios.

—El perro se los comió —le decía un vecino a la reportera del diario.

Hipólita se llevó las dos manos a la boca cuando, frente a ella, apareció el rostro deformado de Johanna.

No supo por qué, pero deseó conocerla.

Hipólita llevó su bolsa de tejido a la agencia de viajes porque viajar en aquella época era complicado, y sabía que esperaría sentada durante horas para ser atendida. Los pocos aviones que hacían vuelos trasatlánticos iban llenos. Los pasajeros viajaban de pie, sostenidos de los tobillos y la cintura a paneles sobre el suelo. Viajar era la ilusión de cualquier ciudadano en esos días duros de la posguerra, y a aquel que contara a voz en cuello en espacios públicos los recorridos que había realizado, merecía el escarnio y se le pedía la retirada. Había muchas personas dispuestas a robar la identidad de los viajantes. El mundo era cruel y la resaca de la Segunda Guerra hacía estragos en el ánimo de los ciudadanos.

Hipólita viajaría con Leónidas, su caballo, al continente Abia, años antes del estallido de la Segunda Guerra. Aquel continente era su sitio favorito, pues le recordaba la austeridad del Territorio de Aislamiento. Era el menos poblado y no se veían habitantes mas que en los cambios de ruta de las carreteras.

Para obtener el resultado que deseaba, tenía que esperar sentada en la agencia y no inquietarse si demoraba demasiado. Además, tejer le permitía pasar desapercibida; tejer era ser persona y crear algo útil.

La utilidad era bien vista todavía. Entonces, cualquier actividad que indicara la permanencia o la necedad de habitar el mundo para algo provechoso era bueno. Los hombres tejían, también. Era tan necesario hacerse de abrigos, dada la carestía sostenida por el Estado,

que ellos recuperaban de modo veloz su conocimiento y sus talentos con las agujas.

Los hombres viejos mostraban empeño en aprender las líneas de las nuevas puntadas, pero su torpeza —al fin y al cabo eran personas del pasado, cuya mirada envejecida les impedía dominar la frescura de la moda— los hacía verse ridículos. Se empecinaban, sin embargo.

Hipólita estaba decidida a trasladarse hasta la ciudad de Johanna Tunoir. Deseaba conocerla y ver su nuevo rostro trasplantado.

Johanna Tunoir estaba sentada junto a la ventana de la sala. Una enfermera cuidaba de ella. Cuando vio a Hipólita, dijo:

—Estoy sonriendo por tu visita, aunque no lo veas.

Los labios de Johanna Tunoir liberaban una voz pero no se movían al tiempo del sonido, Johanna hablaba antes y su boca se abría después. Aquello le pareció tan horrible a Hipólita que, tras cruzar un par de palabras más con Tunoir, se disculpó por tener náuseas producidas por el viaje y salió. Cuando estuvo afuera, volvió la vista hacia la ventana de la sala para decirte adiós con la mano en alto.

## Acerca de la pesadilla que tuvo Madame Noël que le pareció, al despertar, una realidad

Madame Noël se levantó de la cama. Tomó un cigarrillo entre sueños y se lo llevó a la boca. Al dormir de nueva cuenta, en el sueño, vio que su rostro era el reflejo de ella en el espejo y despertó, pero su rostro era otro.

Después de terminarse el café, con el pelo mojado todavía por el baño, Noël pensó que se había levantado de la cama como un animal; lo único que la condujo a despertar fue el ansia de sobrevivir. No hay ninguna razón para que esté de pie, pensó. Madame Noël era sensata. En ese tiempo, todavía no florecía en ella el ánimo de crear.

Con el paso de los meses, alguna fuerza innombrable se adueñó de su espíritu, o de lo que puede llamarse voluntad para quienes no creen en la existencia del espíritu. La fuerza que poseyó a Madame Noël no era extraña en la tierra de los hombres, pero las consecuencias apenas pueden comprenderse al día de hoy.

Ella buscó escapar de su humanidad y lo hizo. En ese riesgo encontró su consagración y su ruina.

Noël era una mujer testaruda. Quería cambiar el desarrollo de la ciencia médica. Desde esa mañana, cuando se asumió como una persona que actuaba por instinto, levantándose de la cama para alimentarse por costumbre y salud, Madame Noël se perdió en su condición animal y su conocimiento la asistió para orillarla a su propio revés. En cada una de las decisiones que tomó desde entonces pensó en su esposo, Vladimir, y en la procuración de la inmortalidad. Noël deseaba producir la belleza del soplo vital y con ello alcanzar la trascendencia.

Madame Noël encontraba un par de manos que le parecían ideales: dos manos educadas porque la paciente era una joyera que resolvía con precisión las monturas de las piedras y la aleación de los metales. En aquella etapa de la recolección de pieles, Noël quería que su criatura tuviera manos y pies.

Sobre el dorso de la derecha, Noël encontró una cicatriz de forma alargada, con puntos a cada lado, como la huella de alguna sutura.

Enderezó las falanges y sumergió las manos en el polímero. La prueba avanzaba y Madame Noël se reconfortaba con cada hallazgo.

Imaginar el día en que pudiera concluir el proyecto era su pensamiento preferido; sentía mareos por el placer que le producía pensar en ese día.

## Sobre el nada extraño caso de la niña de brazos

Hipólita tenía una libreta delgada en la que anotaba una línea diaria. La libreta llevaba escrita con plumón la palabra “Defender” en la primera página, allí apuntaba los casos que intuía resolver:

“Una niña de brazos”, había escrito.

Ella misma no tenía claro cómo los definía, sin embargo, se fiaba de sus propios pálpitos.

Encontró a una niña de brazos en los brazos de una niña mayor.

—Es mi hija —le dijo la mayor, e Hipólita se internó en los ojos de la mujer y entendió que aquella pequeña era hija del abuso.

El abuso.

El padre dentro de la cama de sus hijas.

Silencio.

Siguió a la joven madre y a su hija hasta su casa. Espió por la ventana. El padre de la joven madre era el padre de la niña de brazos. Era su abuelo y su padre.

La joven besó la frente del padre como si besara la mano de un cura. Luego sonrió.

Hipólita regresó a su casa. No emplearía sus poderes porque aquella historia se repetiría una y otra vez. Y los hijos de los hijos de aquella mujer y aquel padre volverían a hacer lo mismo. Nada podría impedirlo.

Los meses transcurrieron sin que Hipólita llevara a cabo ninguna de sus labores por resolver, no salvó a nadie, no ejerció la justicia porque se sentía débil y deprimida.

Era la decadencia.

Hipólita se guardó para no vivir más.

Ahora moriría de tristeza.

Echó llave a la puerta de su dormitorio. Cerró las cortinas acartonadas por el polvo acumulado; guardó el plato hondo de metal en donde comía dentro del cajón de su mesa de noche, también la cuchara. Dobló sus trajes y los metió en el clóset. Se desnudó. Lavó su cuerpo y sintió el agua caliente sobre la piel por última vez. El agua corrió por su pecho y siguió la curva del pubis, bajó por las ingles y mojó sus rodillas.

El agua le hacía recordar que tenía cuerpo. Pero ella se desprendía una a una de sus facultades corporales.

Pensaba que era justo morir en la cama, que su respiración se detuviera de golpe. No respirar más era la instrucción.

En lo alto, Dios estaba furioso. Era incapaz de detenerla por la rabia que le producía ver aquellos gestos, las acciones decididas de Hipólita con las que pretendía terminar su existencia. Llamó al emisario. Le mostró, sobre la superficie de la poza de agua donde veían los sucesos de la Tierra, las manos firmes de Hipólita, que descosía las alas a su traje. El emisario guardó silencio, esperaba las órdenes de Dios, que permanecía callado, con los labios apretados y la esperanza de que, justo antes de meterse desnuda a la cama, Hipólita pensara en él. Y ella lo hizo. Además, pensó que no tenía nada que agradecerle a Dios. Su gratitud era para Guillermo Thompson. Y recordó al emisario, a su espalda y aquel cordero que traía puesto la última vez como si fuera una estola.

Un cansancio profundo le vino tras hacer el recuento de sus acciones en la tierra de los hombres. Luego, cerró los ojos y pronunció la palabra *ahora*, para perderse en un sueño que ella decidía. Su carne estaba ocupada por una sensación indecible, era la molestia leve que, poco a poco, se acrecentaba en la base del cuello. La tristeza que sintió era honda, sin fin. Entonces, dejó de respirar.

## Acerca de la nota que encontraron los investigadores en la casa de Hipólita Thompson días después de su desaparición

La nota que se encontró en la habitación de Hipólita contribuye a mayores confusiones sobre sus verdaderos motivos de lucha o, siquiera, sobre aquellas inquietudes que pareció demostrar:

"Yo subrayo lo inexplicable porque no sé de mi nombre desde que recuerdo.

Soy nadie. Ninguna persona.

H. T."

## De la manera en que un ladrón le atravesó el pecho

Se vio herida de muerte.

El ladrón se incorporó tras la lucha y tomó una de las espadas que Hipólita tenía colgada en la pared. La desenfundó y se puso de pie en la cama para atravesarle el corazón. Hipólita abrió los ojos y de ellos salieron lágrimas, como si supiera que aquello sucedería. Eran lágrimas antiguas cuyo origen no supo identificar. Sintió la espada clavada en el pecho y luego vio el gesto de horror del hombre, enmudecido al notar la extraordinaria desaparición del cuerpo de Hipólita; un cuerpo que no era contorno, que al agonizar se volvía transparente. Tras unos minutos, el hombre, tumbado en el suelo, alzó la cabeza para comprobar que aquel efecto siguiera. Casi no quedaba nada de Hipólita, sólo la mancha pálida de su vientre, el ombligo como un lunar sobre un pedazo de piel. Entonces ella, con la mano derecha, alcanzó la bolsa de terciopelo verde y extrajo el elixir, con esa mano invisible derramó sobre su ombligo las gotas que encerraba el frasco que le había dado el emisario sólo para un caso así.

Consiguió incorporarse y golpeó la cabeza del hombre. Ella sostuvo la espada por su filo sin cortarse las manos. Ante la escena, el ladrón había huido, dando gritos por la puerta y braceando en el aire, herido y desesperado.

Tras alimentarse por el ombligo, Hipólita apareció de nueva cuenta, ahora bajo el agua de la ducha, lavándose la herida del pecho.

Los testigos que vieron al ladrón correr por la calle declararon que parecía haberse drogado. Era un hombre infeliz, dijeron otros que lo encontraron en el cruce de la Avenida Principal, a unas cuadras de la casa de Hipólita. Porque “en sus ojos se distinguía la desesperación del traidor”, dijo una mujer mayor que lo encontró de frente, al atravesar la avenida.

## Sobre una imitadora de Hipólita Thompson que hacía un número en el circo

—Hipólita ha sido recordada hoy, a dos años de su desaparición. Murió. Aquí viene, la valerosa Hipólita, mujer única.

El presentador sonrió y aplaudió con entusiasmo para pedir que el público lo secundara. La fama era tanta que habían aparecido imitadoras de Hipólita.

La mujer que salió detrás de las cortinas tenía los pies amoratados y su traje había sido roído a propósito en las rodillas y los codos, era un vestuario teatral que exageraba las cualidades de la vestimenta verdadera de la heroína. La falsa Hipólita alzó los brazos y gritó: ¡Los salvaré! Se escuchó una exclamación del público. Entonces, la falsa Hipólita, cuya anemia se traslucía en la palidez de sus labios, tomó una cuerda que colgaba de la carpa del circo para alcanzar el trapecio. Cuando quiso levantarse del suelo, sostenida por sus delgados brazos, tuvo un momento de lucidez y alcanzó a decir: Me muero. Después cayó sin hacer mucho ruido.

Hubo silencio entre los espectadores. Esperaban con inquietud su resurrección pero no sucedió. Una mujer, fuera de sus cabales, se puso de pie:

—¡Mentira, mentira, Hipólita es inmortal esto es una farsa! — cuando entraron los tramoyistas a escena y levantaron del suelo a la recién fallecida, la vieja, cada vez más furiosa, continuó: — ¡Desgraciada, mentirosa!

La gente abandonó la carpa poco a poco con un murmullo suave, iban desconcertados hacia el descampado con compasión por la actriz.

Sólo quedó la vieja mujer, que, tras cansarse de insultar a la muerta, salió de la carpa para irse hacia la carretera refunfuñando.

## De la manera en que Hipólita Thompson resucitó por segunda vez en su cuerpo de niña

Hipólita abrió los ojos. Sus párpados eran un pellejo fino. Era recién nacida de nuevo, había regresado a su cuerpo de antes, el cuerpo de los primeros días de vida, y estaba satisfecha.

Lo primero que reconoció fue el olor de la casa. Guillermo estaba sentado en el sillón de terciopelo, leía un libro sobre agronomía y respiraba con los resoplidos de siempre, como si los procesos de germinación fueran aventuras de héroes o caballeros. Y ella, entonces, lloró. Estaba nacida, aunque jamás consiguiera reocupar su nacimiento original. Eso era imposible. Las dimensiones no lo permitían, se nacía una vez, aun para los héroes. La rehechura del primer momento de vida era irrepetible.

Nacida estaba, entonces, dentro de la cesta azul.

Lejos de allí, un grupo de soldados siseaba al unísono en una taberna oscura. No decían el nombre de quien hablaban y, sin embargo, se referían a la misma persona. Uno de los comensales se sacó del bolsillo un espejo. De pie, invitó a los demás a verse el rostro sobre el pequeño cristal. Allí se reflejaron todos y rieron y brindaron con las copas en alto.

Guillermo se levantó de prisa para darle de comer a Hipólita. Te daré leche, dijo para sí, ilusionado. Pero, como sabemos, Guillermo no era un hombre que amamantara, y es que ya en aquel entonces, además de la leche repartida en los dispensarios de leche materna subsidiados por el Estado, la ciencia había avanzado tanto que algunos hombres eran capaces de amamantar, pero la leche que salía de ellos era un poco más espesa y de color anaranjado. El aislamiento de Guillermo le impedía tomar los químicos y recibir las radiaciones precisas para lograr los cambios en su pecho; él no podía dejar aquel territorio, de hacerlo, moriría en manos de cualquier guardia. Estaba orillado a ser un hombre como los de antes.

Tomó el paño de cielo y lo mojó con la leche de cabra y vaca. Luego, cerró el frasco con sumo cuidado, pues aquella leche debía conservarse con la tapa bien puesta, así resistiría la multiplicación de

las bacterias durante más días.

Cada viernes, durante aquella época, un hombre vestido de negro, con los ojos cubiertos por anteojos para el sol y un sombrero de paja, dejaba en la puerta de la casa la caja de cartón con los víveres no cultivables y otros utensilios necesarios: allí estaban la leche, el queso rojo, las velas, los cigarros, los hilos y las agujas para coser la ropa, el jabón de grasa de pescado y el papel para el baño.

Guillermo Thompson nunca se bañaba desnudo, se dejaba puestos los pantalones de la ropa interior porque en la piel de sus muslos estaban tatuadas las consignas de su batallón. Él había sido el Hombre de las Consignas durante la Primera Guerra, y sobre la piel de ambas piernas el capitán le había tatuado los nombres de los muertos y las causas de la pelea. Así, cuando era el momento de bañarse en las regaderas del cuartel, los soldados debían leer lo escrito en el cuerpo de Guillermo, para no olvidar.

El recuerdo de los ojos de sus compañeros leyendo sobre su piel alimentaba la desgracia en aquellos días. Desde que fue enviado al Territorio de Aislamiento, Guillermo Thompson cubrió sus piernas para siempre. No se percató, sino hasta transcurridos siete años, de que su piel perdía poco a poco el vello y su color era cada vez más blanco, como si la sangre no irrigara sus extremidades. Con el paso del tiempo, los tatuajes fueron más legibles, parecía que la tinta hubiera sido puesta de nuevo, apenas.

Metía el jabón bajo las axilas, se lavaba la espalda con un cepillo. El olor del jabón de grasa de pescado era amargo bajo el perfume añadido para disfrazar su procedencia.

Afuera del baño, Hipólita miraba el techo de su cuarto para reconocer los relieves. Estaba de nuevo en casa.

## De cómo Hipólita le preguntó su nombre al emisario y la pesadumbre de su sangre

Hipólita le habló al emisario:

—Los nombres son un vínculo con los otros: me llamas Hipólita y Thompson, me apellidas, y así me llaman los demás, y me pregunto: ¿existe un nombre para uno mismo? ¿Cuál es el tuyo?

El emisario miró el suelo y la ventana del cuarto, miró su pecho desnudo y luego vio los ojos de Hipólita y le dijo:

—No lo sé.

Hipólita se enfundó en su traje rojo a mediodía, el traje del color de su sangre. Se enfundó en él, era una persona predecible: cuando sentía la tela elástica experimentaba una fascinación mayúscula.

# Cuatro

Hipólita vivió una segunda infancia y los primeros años de la pubertad por segunda vez en el Territorio de Aislamiento.

Los hechos sucedieron del mismo modo, de la forma conocida: Guillermo enfermó, como ya se sabe, ella recogió los huevos de las gallinas, como se dijo; usó la ropa de su padre, rehecha y recosida para ella. Existió, sin embargo, una alteración —o así puede apreciarse — en su vida nueva:

Llegó a la ciudad el mismo día que su vida anterior, un 28 de diciembre. Justo al cruzar los Muros de los Vigilantes, Hipólita se encontró con un grupo de personas que celebraba un cumpleaños. A plena luz del día, un hombre se desnudó y, con gritos de júbilo, como si estuviera acalorado y se saliera de sí mismo, corrió detrás de una mujer con cabeza de oveja y la tumbó sobre el verde césped de una jardinera. Ella se desvistió sola y se puso en cuatro patas para recibir al hombre y quedarse preñada.

Hipólita observaba los hechos desde el otro lado de la calle, mientras tarareaba la melodía de una canción conocida, que escuchaban en una caseta de vigilancia.

Durante la cópula, la mujer con cabeza de oveja no hizo ningún ruido. El hombre sí, eran desconcertantes sus gruñidos por su semejanza a los de un lechón.

Buscó la calle en la que había vivido y volvería a vivir. Llamó a la puerta y salió aquella mujer de alta alcurnia venida a menos para decirle lo que ya sabía: que el cuarto amueblado con cocina y baño estaba disponible, al igual que en la vida anterior.

Su resurrección era un hecho fidedigno, incluso, la mujer afirmó: has vuelto, Hipólita Thompson.

## Sobre el descubrimiento que hizo un médico al realizar una incisión en el cuerpo de Hipólita Thompson

Los acontecimientos que siguen pueden alterar algunas conciencias. Pero el médico de guardia dijo que, al recibirla en urgencias, tras el accidente, en aquella cirugía tensa, cuando el cirujano hizo la incisión: un corte de rutina para extraer el páncreas, sin que el médico sintiera ningún temor, acostumbrado pues a ese acto y sin que se hiciera más preguntas de las acostumbradas, a pesar de todo esto, al separar la piel tras deslizar el bisturí por poco sufre un desvanecimiento. Debajo de la piel había otra piel que el médico volvió a cortar y encontró debajo otra más, y debajo de esta, otra más; el cuerpo de Hipólita tenía dentro otros cuerpos o, de manera extraña, se trataba del mismo. El doctor no vio músculos ni sangre y simplemente se alejó de la camilla sin dejar de mirar el fenómeno. Se sacó los guantes y los tiró a la basura, inmediatamente después salió del quirófano. Las declaraciones de este hecho fueron dadas por una enfermera, pues el médico se negó a describir lo que había visto.

## Del día en que escuchó la codicia que despertaba su inmortalidad en la tierra de los hombres

Había metido los pies en una cubeta con agua y sal. Veía la televisión con un gesto de dolor: los pies le ardían, en los tobillos, la piel comenzaba a abrirse ya y asomaban las puntas de cartílago, las membranas plegadas, pues en unos meses le nacerían las alas.

—Pues bien, aquí la tiene, saludable: Hipólita Thompson. En este momento, podemos decir que no vinimos a este mundo para sufrir y existir como si todo se tratara de una ilusión. Ya no. Ahora, la esperanza renace porque no estamos en esta tierra, apreciado televidente, sólo para ocupar el espacio y morir.

—Sobreviviremos, ¿sabe? Hipólita Thompson es la prueba de ello y la humanidad, los científicos, incluso, no encuentran el modo de agradecérselo. Ella es inmortal.

—¿Quién es Hipólita Thompson? ¿De dónde viene?

—Nadie lo sabe.

—No hay ningún habitante en la ciudad (ni ahora ni antes) que haya tenido su apellido.

Nadie que la conozca. Se trata de un nombre falso o de una extranjera.

Hipólita miró los ojos desorbitados del locutor con incredulidad. Se inquietó porque los demás habían decidido, tras su última muerte, que ella era alguien a quien venerar.

Aquella noche no concilió el sueño.

Durante la mañana, estuvo escondida bajo las sábanas. Su fatalidad sería, la inclemente “vida eterna”. Acababa de entenderlo.

## De los miedos que experimentó Hipólita, días antes del segundo bombardeo

Temía a los desastres. Si caía demasiada lluvia, pensaba que el agua inundaría la ciudad. Se figuraba un cataclismo, la ruina, se imaginaba exigida por los ciudadanos que conocían sus poderes. Hipólita tenía miedo, ignoraba cómo librarse de esa emoción.

El segundo bombardeo se esperaba para el día siguiente.

No pudo salir temprano de la panadería porque se acercaba la Fiesta de Guardar y había que hacer los pasteles en forma de triángulo con frutos secos que se acostumbraba comer a lo largo de esa semana.

Afuera la lluvia caía de nueva cuenta, era una terrible tormenta, otra vez miraba el cielo negro que anunciaba la proximidad del bombardeo. Hipólita tembló un poco, creyó que esa lluvia sería la última que vería.

Cuando escuchó en la radio el anuncio de la guerra, recordó una tarde de infancia. Era temprano, Hipólita tenía el pelo mojado y sentía frío, era tan temprano que no había salido el sol.

Se había preparado un huevo con poca sal.

Desayunaba sin hambre.

El día transcurrió despacio.

Sobre la ciudad cayó la primera bomba.

Durante el periodo de Alerta Mundial producido por los estragos del bombardeo, Hipólita salió de su departamento con la escafandra que le había entregado una brigadista y su traje rojo. Por fortuna, el Estado había prevenido las consecuencias del bombardeo, y enviado suficientes escafandras a las viviendas, antes de saber que sería atacado por el enemigo.

Estaba prohibido respirar el aire exterior porque los gases de la atmósfera eran mortales. Quiso ver con sus propios ojos el cielo púrpura de día. Eran las once de la mañana y sobre la ciudad se extendía una capa de azufre y otros elementos tóxicos. La luz solar parecía contenida detrás de ese filtro de gases.

## Acerca de la vida de Dios

Dios apreciaba el talento. Su desgracia era la imposibilidad de habitar la tierra de los hombres y actuar con sus propias manos. El poder que ejercía era dado por la naturaleza, por el azar. Cuando Dios nació, hijo de un hombre y una mujer, la civilización humana apenas tenía comienzo. La lengua de Dios tenía escrito su destino: "Serás Dios", decía, y las palabras trazadas que atravesaban la línea media hacia las papilas fungiformes parecían tatuajes. En ese tiempo, nadie en el mundo conocido sabía el significado de las palabras, su origen estaba perdido. El lenguaje iba a desaparecer para sustituirse por gemidos.

El resentimiento milenario de Dios se neutralizaba con las acciones de las personas elegidas, como la propia Hipólita Thompson, a pesar de ello, ni Hipólita —ni ningún otro héroe anterior o posterior — conseguirían satisfacer sus necesidades, mucho menos darle paz a su espíritu expulsado del mundo.

## Acerca del encuentro de Hipólita Thompson con el empresario Smith y la primera vez que usó sus poderes de lectura mental y la mirada fulminante

Hipólita apuntó su nombre en la libreta de registro y preguntó:

—¿En qué piso está la oficina del señor Smith?

—Cuarto —dijo la recepcionista, mientras se ajustaba la diadema del micrófono por el que respondía las llamadas.

Subió al elevador. Al llegar al cuarto piso, Hipólita salió al pasillo y fingió un gesto sereno. Para ensayar, dijo:

—Soy Hipólita Thompson y tengo una cita con el señor Smith.

—El director la recibirá en un momento —respondió un secretario.

Hipólita no quiso sentarse, permaneció de pie y observó alrededor: la sala era fría y contra las paredes habían acomodado dos sillones negros.

El secretario se acercó sonriendo y le pidió que lo siguiera. Hipólita iba pisándole los talones, ansiosa por ver al señor Smith.

Él la esperaba tras el escritorio.

—Bienvenida, señorita Thompson, es un gran gusto conocerla. Es más alta de lo que se veía en las fotos de los periódicos.

Hipólita no respondió. El señor Smith se rascó la cabeza.

—Mire, señorita Thompson, busqué sus señas para traerla hasta aquí pues quisiera exponerle varias cosas. Todas ellas tienen que ver con su talento, con sus poderes, desde luego. Como sabe, mi fortuna puesta en las empresas de esta ciudad… en el mundo, si me lo permite, es inmensa. Siéntese.

Hipólita se sentó en el sillón que el señor Smith le ofreció con una mano huesuda.

—Quiero decirle que la admiro. Sí, señorita Thompson, la admiro. Por eso deseo ser su amigo. Mire, me preocupa lo que dijo ayer cuando la entrevistaron.

Entonces, el señor Smith se puso de pie y le señaló una pantalla suspendida en la pared. El video corrió: Hipólita, entrevistada por una periodista, decía: Creo que cualquiera de nosotros vive a diario una

injusticia. Por ejemplo: ¿usted sabe que el pan que compra en cualquier sitio del mundo es producido por la misma empresa? Tenemos que comer pan, desde que nuestra civilización dio comienzo es así y resulta difícil imaginar una mesa sin pan.

Hipólita miró al señor Smith. El reto era complicado. El señor Smith le dijo:

—Esto no puede volver a pasar, señorita Thompson. Sus palabras influyen a gran número de ciudadanos y ellos pensarían la manera de dejar de comprar nuestros productos para buscar en los proveedores anónimos que están en la carretera y venden ese pan que producen en sus casas.

Ella iba a hablar, pero el señor Smith no lo permitió:

—Señorita Thompson, cállese, por favor —dijo en un tono de padre.

Hipólita juntó los meñiques y entonces pudo ver los pensamientos y el pasado del señor Smith. Lo vio ante uno de sus hijos, desesperado. Lo vio de niño castigado frente a una pared. Lo vio en un partido de futbol tirado en el suelo; lo vio detrás de las piernas de su madre, y temblaba. Lo vio cortando un listón para inaugurar su última fábrica. Cerró los ojos un momento y tuvo claro que el señor Smith era un ciudadano promedio, un hombre acostumbrado a su circunstancia.

Hipólita lo miró a los ojos y lo hizo enrojecer. Luego, el señor Smith tuvo miedo de morir, así, de manera repentina —era el pánico que lo rondaba desde años atrás pero exaltado por los poderes de Hipólita—. Él no podía dejar de verla, estaba siendo sometido a sus horrores internos. Un cúmulo de sonidos que no identificaba dentro de su cabeza y la presión del terror sobre sus ojos le sacaron lágrimas. El señor Smith no era capaz de hablar, su lengua estaba paralizada. Se vio solo en su lecho de muerte. Se vio de pie allí y quiso morir de una vez. Y murió.

## Sobre la noticia del primer hombre que parió y el accidente que Hipólita tuvo mientras usaba la licuadora de la panadería

Un hombre parió a una mujer, escuchó por la radio que encendían todas las madrugadas mientras amasaban el pan. Se trataba del primer hombre de la historia en haber parido. Billy dijo encontrarse en perfecto estado de salud, siguió la voz, aunque hasta el momento no se sabe si fue un parto natural o si la niña nació por cesárea.

Al escuchar la noticia, Marcelo dijo: El mundo va de mal en peor. Hipólita no respondió nada. Marcelo tenía un juicio severo ante los adelantos de la ciencia.

Hipólita dejó la panadería y fue a comprar el periódico —sentía una enorme curiosidad por ver la imagen del padre—. El encargado del quiosco colgaba los periódicos con pinzas de ropa; ella vio que Billy aparecía en las primeras planas con una sonrisa de satisfacción y su hija en brazos; leyó el texto bajo la imagen: "Billy, transexual que conservaba sus órganos femeninos —sólo los internos—, parió a su primera hija."

Hipólita miró los periódicos en donde aparecía la foto de Billy y pasó un rato admirada, y quiso conservar aquella imagen en su memoria.

Ya que estaba sintiéndose profesional y era considerada una panadera talentosa por Marcelo y el dueño (empleado del fallecido señor Smith), que pocas veces acudía a ver la elaboración de los panes, Hipólita cometió grandes descuidos. El primero fue trágico: mientras molía nueces con leche, sus brazos olvidaron la coordinación de sus partes y una mano suave y húmeda de la talentosa fue alcanzada por las aspas de la licuadora industrial. Perdió dos dedos: el índice y el pulgar; el del corazón o medio, fue reducido a su tercera parte.

Con la mano incompleta no sería útil allí.

El dueño la despidió al día siguiente.

Marcelo besó la mano mutilada de Hipólita.

Salió de la panadería y dijo palabras en un idioma extraño.

Hablaba sola, y, a pesar de no saber aquel idioma, lo comprendía. Tuvo, de pronto, la imagen de su propia lengua con la punta partida en dos. Lengua viperina, se dijo, y continuó su soliloquio.

Al dar la vuelta en una esquina apareció ante sus ojos el emisario, tenía el cordero sobre un solo hombro, Hipólita le vio los pies y le parecieron patas de cabra.

—Dios quiere que le ofrendes dos igüedos, Hipólita.

—¿Igüedos? —respondió, y de inmediato se sintió reconfortada.

La pregunta por poco la salva.

## De la pena que se aplicó a Hipólita Thompson y la entrega de su cuerpo

Las correas le cortaban la circulación, produciéndole un hormigueo que la relajaba. Pensó en su padre, Guillermo Thompson.

Entonces, lejos de allí, un hombre cayó de su caballo y se rompió las dos piernas.

Estaba dispuesta a morir condenada. Sus convicciones eran profundas. No dejaría de alentar aquel amor, ese que la turbaba, el amor que le había hecho renunciar a la vida —en ese instante iba a morir por amor, por la lengua del emisario dentro de su boca, y él no estaba presente—. Regresa, pensó, regresa, amor. Entonces, el emisario apareció de nuevo ante sus ojos.

—Por ti voy a morir en unas horas.

Sentía en la frente el calor provocado por aquel afecto; ya las manos le hervían, también. Era una mujer empobrecida por sus sentimientos, era una mujer con un intelecto pervertido.

—Mira. Mi cuerpo es tuyo —le dijo al emisario, sin saber que aquella declaración era el primer acto para conducirse, a ciegas, hacia la ruina.

Justo después de pronunciar aquellas palabras, Hipólita estuvo perdida. Fatigada con los placeres de su cuerpo, su carne hinchada de sangre y ocupada por las palabras del emisario.

El veneno fue inyectado en las venas de Hipólita. Durante su agonía tuvieron lugar los acontecimientos más extraños en la tierra de los hombres.

## Sobre los extraños padecimientos de Marcelo y lo que ella vio dentro de él, al besarlo

Cuando tomaron el descanso de la jornada, aquel lunes, Marcelo quiso mostrarle algo: una de sus rodillas estaba cubierta por pasto. Hipólita tocó la hierba sin creer lo que veía. Marcelo le dijo que el pasto crecía sobre él cada mes, que su localización variaba, dependiendo de si se había hecho una herida. Dos días antes, se había caído en la regadera y bajo el golpe que había abierto la piel, una vez más, había comenzado a crecerle pasto.

Hipólita no comprendió. Cuando la tensión de aquellas confesiones se había disipado, él la besó.

—La voluntad es atender los deseos propios —dijo Hipólita.

—Entonces, mi voluntad es tomar un barco hacia el Norte —dijo Marcelo—, y no volver.

Hipólita sintió que su saliva se volvía salada. Hundió sus labios en los de él y enroscaron sus cuerpos. Fue un beso que duró miles de años.

Y no supo cómo, pero mientras mantenía los ojos cerrados, perdida en la sensación del beso, vio que dentro de él había un jardín y que en ese jardín dos caballos negros pastaban. Y los caballos se enfurecieron y venían hacia ella, o eso creía, cabalgaban como si pretendieran arrastrar lo que topaban a su paso. Hipólita alargó el beso hasta que uno de los caballos relinchó y cayó al suelo.

Más tarde, Hipólita le contó a Marcelo lo que había visto dentro de él. Marcelo bajó la mirada, se quitó los zapatos y le enseñó que las plantas de sus pies estaban herradas. Le mostró, además, una marca en la piel con la inicial K y le dijo que no recordaba cuándo le habían puesto ese sello pero que lo hacía sentir bien porque revelaba una pertenencia. Soy de una casa, ¿entiendes? Le dijo.

Hipólita acarició la cicatriz sobre la piel y le preguntó qué nombre estaba oculto tras esas letras. Marcelo le narró la historia de su padre, un hombre que trabajaba de sol a sol.

—Sin embargo, se volvió jugador y las apuestas lo llevaron a perderse en la Ciudad de Laria. Su abandono había destrozado la vida de la familia —le dijo Marcelo—. A mí me llevó con él, me robó de mi madre y se endeudó con tres dueños de casas de apuestas, los

desquició con sus mentiras. El hombre que sacó a mi padre de la cárcel se apellidaba Kingston, él compró a mi padre y a su descendencia. Fuimos esclavos de K.

Con el paso de los días, Marcelo iba sintiéndose peor. El pasto ahora se había extendido sobre su pecho y en la parte baja de la espalda. Sufría fiebres porque, debido a los cambios en su piel, su temperatura se alteraba en las extremidades; sentía que dentro de sí ardía el fuego.

Hipólita lo desnudó y no pudo evitar llevarse las manos a la boca, con espanto.

—Tienes que parar esto de alguna manera —le dijo.

Pasaron los días y Marcelo fue perdiéndose debajo de una piel vegetal.

Una mañana, Hipólita entró a la panadería y encontró en las escaleras de la entrada el cuerpo de Marcelo, cubriendo los peldaños como una alfombra.

Hipólita Thompson resucitó otra vez.

# Cinco

## De la aventura por el bosque del Sur para comer la preciada hoja dorada del Tunú. Primer paso hacia la mortalidad

Tras su resurrección, Hipólita había escuchado el canto del emisario acompañado por el dulce sonido de la lira: los dedos del emisario tiraban de las cuerdas —las dos manos ocupadas en ello— hechas con intestinos de bueyes, y las hermosas notas reverberaban en el caparazón de una tortuga. Con el cordero disecado sobre los hombros, la había recibido así, de vuelta en el mundo.

El cuerpo de Hipólita, poseído por el emisario, resucitaba. Era joven de nueva cuenta, pero su perdición: el amor a la palabra y la lengua del emisario, permanecía.

Él dijo:

—No puedo quererte, Hipólita. Atravesar tu cuerpo, sí. Llevarte de viaje, sí. La única manera de terminar con la vida eterna y deshacerte de las palabras de Dios en las mías, y dentro de ti es:

El secreto que le había revelado el emisario, sin la autorización de Dios, estaba por cumplirse: iría a la selva para hacerse de la hoja dorada del Tunú, el árbol pagano, el regoldo. Morder la hoja y envolver su rostro con ella era el primer paso hacia su mortalidad.

Caminaron un día entero. Cuando el sol bajó a la altura del horizonte —a unos pasos de allí estaba el mar y los rayos de luz reverberando sobre su superficie—, cuando el sol bajó, Ori, su guía, con el cuerpo perdido entre el color verde del bosque, le gritó jubiloso que la hoja dorada estaba frente a él. Hipólita lo abrazó, emocionada por el hallazgo. Entonces alargó la mano y separó la hoja de su tallo; tenía tres dedos de grosor y su tamaño era el de cinco cabezas humanas, y comenzó a morderla como si fuera un fruto. Masticó despacio, dedicada a ingerir con esmero aquel vegetal. Luego envolvió su rostro con la hoja. Cuando terminó, Ori se había quedado dormido.

Para pagar el favor de su guía, Hipólita le predijo el futuro: le dijo que alcanzaría la fortuna de los suyos, de su ascendencia, y que, en pocos meses, su mujer pariría un varón sano quien, de adulto, salvaría a su pueblo de la desgracia. Ori le besó las manos.

Y le pidió que probara los efectos del vegetal. Debía hacerse una

herida para notar si la sangre se coagulaba de inmediato o si demoraba el tiempo común para la herida de una piel mortal.

Ori hirió la piel de Hipólita, le abrió una tajada con el puñal en el hombro, la sangre de Hipólita corrió a lo largo de su brazo y después de unos segundos, la herida comenzó a cerrarse. Le dijo que necesitaba comerse la hoja completa del Tunú y esperar más para comprobar sus efectos. Así lo hizo Hipólita.

A la mañana siguiente, Ori realizó otra prueba en el hombro contrario. La sangre comenzó a coagularse con normalidad. Ori cosió la herida y la limpió. Luego sonrió. Hipólita supo que el hilo de sangre seca sobre su piel era la señal del fin.

Apretó los músculos de los brazos. Un movimiento seguía al otro y, al paso de varios, su cuerpo subía cuestas de piedra. Estaba lista para morir.

Cuando Hipólita salía vestida de civil a la calle, a la luz del día, las personas pensaban que era una delincuente. Sus labios de liebre eran, a juicio de cualquier ciudadano común, la huella de una pelea en los bajos mundos; podía ser vista, también, como la curación de algún mal: la cicatriz en sí.

En lo alto, Dios despertaba de un sueño vespertino. Su semblante estaba abotagado por la edad. Dios sentía tedio de ser quien era. Además, no contaba con la destreza de sus antepasados. La divinidad heredada era agobiante. No le interesaba la vida en el mundo. Miraba a los hombres con envidia: de probar alimento, envidia de amar, envidia de alegrarse. Porque Dios no era alegre, apenas tenía emociones. Hacía su trabajo con desdén. Sin embargo, la vida de Hipólita le parecía distinta a la de las mujeres anteriores y eso lo fastidiaba, ella era un error de cálculo que no podría remediar.

Cualquier otra hija suya habría deseado la inmortalidad, y Dios estaba furioso al verla actuar en contra de aquella cualidad.

Frente al horno de criaturas de barro, el emisario miraba pasar las nubes, así disimulaba su traición a Dios: jamás revelaría el mensaje secreto que le había otorgado a Hipólita, aquella frase perdida, las palabras que dibujaron el agujero de la muerte. Él traicionó los designios de Dios, dio un mensaje propio a los oídos de Hipólita y así la envolvió en su lengua.

Vigilar el cocimiento de las piezas no era una tarea difícil — entonces, observaba las formas de las nubes y se veía a sí mismo como un hombre afortunado: aquello era un reino superior.

## De la muerte por el alcance de una bala perdida en el pecho de Hipólita Thompson

La bala perdida entró en su pecho al cruzar el parque. Cayó al suelo con la fragilidad de una dama fina. No era el momento adecuado para guardar las apariencias, pero había que aceptarlo: Hipólita había recibido una bala que no era para ella y, sin embargo, lo había sido. Para evitar que su deceso fuera dramático, eligió caer con suavidad.

Mientras su cuerpo cedía a su propio peso observó las calles de la ciudad, la gente que caminaba por las aceras hombro con hombro, contó con la oportunidad de ver un poco más allá el rostro del hombre que había disparado el arma. Sólo que el hallazgo —el del hombre con el arma— no le producía ningún beneficio, pues el disparo ya había sido detonado. Hipólita sintió una certeza en aquel momento, su pensamiento fue: aquel hombre no sabía de mí y a pesar de ello la bala me alcanzó. Por razones que no distingo, el hombre deseó que así fuera.

El cuerpo de Hipólita estaba apoyado sobre su costado izquierdo. La cabeza tenía la misma dirección, e incluso la precisión de su caída le había permitido estirar el cuello para demostrar su forma. Tenía el brazo hacia el frente, en una posición cómoda para quien lee al aire libre, tendido en el pasto; sólo que la mano de Hipólita estaba doblada hacia atrás, en un ángulo de noventa grados o más, y de su delgada muñeca asomaba la punta astillada de un hueso.

El brazo izquierdo quedó escondido bajo su cuerpo. Hipólita había perdido los zapatos. Como no planeó convertirse esa tarde, su traje y las botas que le habrían ayudado a proteger sus tobillos en el accidente estaban en el clóset de su casa.

De su boca escurría un hilillo de sangre. Una gota roja brillaba sobre el suelo de la plaza.

Tenía los ojos húmedos, su mirada ya se suspendía en la distancia —era imposible saber en dónde la había dejado puesta—. Porque en cada muerte siempre le quedaban asuntos pendientes. En aquella mirada no se distinguía ninguna preocupación. Hipólita resultaba consecuente, nada más.

Aquello que no sentiré es lo que los hombres llamaban tristeza, pensó dentro de aquel cuerpo detenido en el tiempo.

Fue vista por varias personas.

Una anciana que iba a misa pasó junto a su cuerpo y no lo creyó. Concluyó que la imagen ante sus ojos era necesariamente falsa. Después, un niño de diez años detuvo su patineta y se espantó al verla ahí. El niño, al manifestar su inocencia, se puso en cuclillas para observarla de cerca: ¿estaría muerta?, se preguntó, e inmediatamente subió de nuevo a su patineta para irse a toda prisa y avisarle a su madre lo que había visto, a lo que ella respondería marcando a la policía para que, más tarde, entregaran el cuerpo de Hipólita a la Cruz Roja. Pero cuando la dejaran sola en el cuarto del hospital, tras declararla muerta por fractura craneal, Hipólita resucitaría de nuevo y se pondría de pie.

La hoja del Tunú no provocaría el efecto prometido por los labios del emisario.

Dios estaría sentado junto a un río sagrado, satisfecho.

Tal vez la última sensación que tuvo antes de este trance fue el sabor metálico de su sangre en las encías.

## Sobre los estragos de la guerra

Se había subido a un árbol para descubrir el momento preciso en que el enemigo llegara a la ciudad. Hipólita estaba sujeta con sus piernas a una rama. Su traje estaba roto, pero debajo de la tela su piel se veía intacta.

A lo lejos, una fila de ciudadanos se hacía cada vez más larga sobre el camino de salida hacia el norte de la ciudad. Hipólita observó en la dirección opuesta, un convoy de soldados que iban a llegar en media hora, calculó. Al traer a su mente aquella imagen, experimentó otra vez el repudio a Dios y sus designios. Su proceder era casi siempre carente de juicio, pensó.

En momentos como ese, recordaba la incompetencia de Dios y estaba de acuerdo con quienes ponían en entredicho sus decisiones y su poder. El poder es la libertad y la vida para todos, pensaba. Sus reclamos se multiplicaban. Hipólita no estaba conforme con sus dotes: un corazón que le regeneraba el cuerpo para siempre jamás, un corazón que curaba las llagas y las heridas. Por eso, las veces que en verdad perdía la vida, Hipólita festejaba el desprendimiento del mundo. La visión de sí misma, vencida sobre el suelo, la nebulosidad de su mirada, el cuerpo que dejaba de pesar, la confusión, sus ojos perdiendo la humedad de la existencia, le otorgaban felicidad. No había en ella el agradecimiento de la víctima, sino lo opuesto, se trataba de la despedida, del abandono de lo que había sido, y en ello Hipólita saboreaba el descanso.

Las tropas enemigas llegaron cuando estaba por quedarse dormida sobre el árbol. Eran al menos mil hombres: infantería, guardianes, asesinos, mil hombres que buscaban aniquilar a quienes se interpusieran en el camino. Y ellos deseaban la riqueza de la eternidad, presa en el cuerpo adormecido de Hipólita, pero, además de esta misión secreta, saquearían los supermercados, robarían los dispensarios de leche materna y procurarían que en aquella ciudad sólo quedaran las construcciones; incluso planeaban limpiarla de los cuerpos ensangrentados y dejar las casas vacías y pulcras de cualquier resto humano.

Hipólita tomó su catalejo y observó al capitán de la tropa. Era un hombre bajo pero con la mirada perdida por el odio. Montaba un

caballo oscuro, con pintas en las patas traseras. A la par de él, un hombre joven sostenía el estandarte enemigo con la pereza producida tras recorrer un trayecto largo en el desempeño de una labor inútil.

Hipólita bajó del árbol, sacudió su traje —sintió una punzada en la rodilla derecha que ya se había manifestado antes— y se dirigió a la plaza para informar a los demás soldados lo que había visto. Cuando llegó, encontró a los batallones formados y le preguntó a uno de sus compañeros si ya sabían de la llegada del enemigo.

—Lo sabemos —dijo—. Y debemos proteger la vida de niños, mujeres y ancianos.

En aquella batalla no hubo un solo sobreviviente. Hipólita también murió, decapitada por un soldado de alto rango.

Después, la cabeza de Hipólita rodó por sí misma, buscó su cuerpo; su corazón se exprimió hasta quedar seco y se llenó de vuelta con aquella sangre única. Hipólita se puso de pie. El único daño que podría contar de aquella batalla es que su cabeza había sido en algún momento más veloz que el corazón o que el cuerpo, y se había colocado desalineada sobre el cuello. En la tarde, tras un baño que le recompuso la piel opacada por la muerte, Hipólita observó su nuevo defecto, ahora parecía que su barbilla procuraba el lado derecho de todas las cosas que veía.

## Acerca de las andanzas en la guerra y las reflexiones que le produjo una batalla

Hipólita llegó a la ciudad del Norte una noche antes del bombardeo. Desde el dominio de su cabalgadura, descubrió a dos jóvenes en el umbral de una puerta. Llevaba una capa que le cubría el rostro, su estampa era oscura, y aquellos novios se metieron enseguida adentro de la casa. Hipólita continuó su paso. Nadie más por las calles de los barrios exteriores. Los habitantes esperaban el bombardeo al alba. La luz de una habitación enmarcaba la silueta gruesa de una mujer que, sin saberlo, estaba por dormir su última noche. Hipólita adivinó que trabajaba pegando botones en una de las fábricas del hijo del señor Smith. Años de pegar botones en camisas de vestir para dama, dijo en ese momento la mujer a su sobrina, que escuchaba las quejas de una vida amenazada por la fatalidad.

Sintió un dolor agudo en el pecho. La herida anterior no había sanado del todo, el metal de su espada, robada por el tunante que la había lastimado, enorgullecido por su destreza —la destreza de un ladrón—, era dañina para su cuerpo. Las armas propias producen las heridas más feroces, le dijo Guillermo Thompson alguna vez.

Leónidas era noble. Los animales reiteraban en ese tiempo la voluntad pura de la vida: resistían los embates humanos como si obtuvieran beneficios para su especie. Los caballos se unían para llevar encima a hombres y mujeres a refugios y cargaban las pertenencias sin queja.

Hipólita llegó a las doce de la noche para encontrarse con el ejército. Miles de soldados estaban esparcidos por la plaza, unos alrededor de las fogatas y otros en círculo, riéndose de las anécdotas de guerra. Los caballos estaban apartados en un extremo, mirando al suelo.

Cuando se acercó, presumiendo su imagen, se quitó la capucha de la cabeza y miró alrededor para esperar el saludo. Los soldados se acercaron poco a poco, hasta rodearla. Entonces hizo una reverencia y desmontó a su animal.

—Soy Hipólita Thompson —dijo, y enseguida escuchó rumores y risas—. ¿Se sabe ya la hora precisa del bombardeo?

Un soldado robusto, con la piel ajada por el sol, respondió:

—El bombardeo será al alba, según nos han comentado los informantes. Desconocemos si dañará a toda la ciudad. Estamos dispuestos a esperar lo peor.

—Salvemos las vidas que estén a nuestro alcance —dijo, convencida de su vehemencia y voluntad.

La noche transcurrió en calma. Al amanecer hubo un momento de absoluto silencio, minutos en los que las bombas podrían haber caído y arrasado la ciudad, pero sólo una explotó. La mujer que pegaba botones murió en su cama, aplastada bajo el techo del cuarto; su sobrina sobrevivió porque había decidido dormir bajo la mesa del comedor y consiguió salir a gatas para mirar el cuerpo de su tía y reconocer manos y pies.

Hipólita soñó que, antes de amanecer, cabalgaba al frente del ejército seguida por cientos de soldados. Las bombas ensordecían los gritos de júbilo y desesperación de los valientes, cegados por el deseo de desafiar a la muerte. Sonreía porque, a pesar de la desgracia, la fuerza de ellos era casi indestructible.

—Vamos a salvar a los habitantes de esta ciudad —exclamaba, con la mirada fija sobre los rostros de los soldados.

Los caballos arrastraban carretas a donde subirían a la gente, al menos podrían salvar a dos centenas de personas y a los niños.

Al volver en sí estaba en otro sitio. La imagen que ocupaba su mente le produjo rabia, vio el fracaso: los aviones que cruzaron el cielo y expulsaron la desgracia. Observó los cuerpos de los soldados, la masacre extendida alrededor.

Miró la guarida de Dios, las paredes de la burbuja transparente que había dispuesto para protegerse.

Estaba en medio de un campo húmedo por la lluvia. La latitud era desconocida. Cerró los ojos y le dijo a Dios:

—La inmortalidad me ha devastado.

El cielo estaba ocupado por nubes de lluvia y cuando apretó la mandíbula, a punto de gritar las palabras que habrían significado su verdadero final, el cielo se partió en dos. Las nubes se dispersaron para revelar las entrañas anaranjadas: la ira de Dios sobre su cabeza. Ella temió pero mantuvo los párpados cerrados.

## Acerca de las decapitaciones que subvencionaba el Estado

La decapitación era una práctica aceptada por el Estado. Después de que la cabeza del condenado caía al suelo, un hombre, comisionado especial, la recogía y la llevaba al edificio de Estudios para la Nación. Allí, los médicos extraían el cerebro del muerto y analizaban de modo meticuloso la conducción de electricidad dentro del órgano.

En el edificio de Estudios para la Nación había una bodega de cabezas. El espacio era amplio y con miles de anaqueles; la mayoría eran cabezas en formol. Otras, las legendarias, habían sido guardadas en cubos de acrílico, como se guardaban en otros tiempos los alacranes, las estrellas de mar o los cangrejos en los llaveros que fueron *souvenirs* de las playas. Las cabezas que se conservaban en el acrílico se habían secado del mismo modo que la carne puesta al sol. Por el efecto de las sustancias en las que se sumergieron, los rasgos se desdibujaban: los pómulos terminaban carcomidos y las narices rotas, los labios reventados y los párpados deshechos por las secuelas de los ensañados estudios.

Hipólita consiguió colarse hasta la bodega y recorrió los pasillos para mirar una a una las cabezas guardadas. Sintió asco. Recordó los carteles pegados con goma sobre las paredes de la ciudad. Después de las luchas con el bando enemigo, los soldados y también los ciudadanos comunes eran recompensados si entregaban una cabeza. Ella había visto a sus compañeros de lucha cortar las testas de dos enemigos.

Salió de allí sin que nadie la mirara.

## Del modo en que fue traicionada por otros soldados

En el ejército había pocos soldados con talento para emplear las armas.

Ella estaba situada en el frente de batalla con Fermín y Nabucodonosor, ambos presumían la puntería de guerreros invencibles y afirmaban que la fuerza de sus espaldas podía haber levantado a cinco caballos del suelo. Hipólita sentía gran lealtad hacia aquellos compañeros, cuyas batallas eran incontables como sus triunfos.

En la guerra de las Tres Puertas, Hipólita mató a doscientos cincuenta hombres con flechas envenenadas; la excepción fue el cabo Indigo, a quien degolló con la espada. Aquellas muertes fueron el primer motivo de las acusaciones. Ella no alardeaba sobre el éxito de sus batallas, su vocación era luchar y vencer siempre que le fuera posible. Sin embargo, una noche, Fermín le habló a Nabucodonosor, le aseguró que Hipólita estaba perdida por su soberbia, que su engreimiento era único en la historia del ejército.

Hipólita no imaginó que sus compañeros hubieran permitido que fuera herida.

La tarde siguiente, durante la última batalla contra el enemigo, Hipólita pidió que le cubrieran la espalda mientras recargaba su arma. Ellos no lo hicieron. Estaba segura de que la habían escuchado. Nabucodonosor la miró con falsa curiosidad, enconchó una mano sobre su oreja e hizo como si la voz de ella no se entendiera. Fermín siguió concentrado en los disparos. Hipólita no fue alcanzada por el enemigo, aunque estuviera expuesta.

Al día siguiente, dejó el ejército para pelear por su cuenta.

## Del viaje al centro de la Tierra

El pasado, pensó, quizá se encuentre dentro de la Tierra. Y, a partir de esa reflexión súbita, se levantó de la cama antes del amanecer y comenzó a cavar un agujero en el parque.

No podía volver al Territorio de Aislamiento, pero escapaba a un mundo subterráneo para buscar a su padre; el emisario le había dicho que tal vez podría encontrarlo allí.

La tarea le tomó meses. Cada madrugada empleaba dos horas para sacar tierra. Cavó hasta encontrar agua y sentir la temperatura tibia del subsuelo. El calor, ya más abajo, era poco soportable, pero lo resistió gracias a sus facultades únicas.

En su trayecto, atravesó drenajes, basura convertida en ácidos y gases, ruinas de otras civilizaciones y, cuando iba acercándose al centro de la Tierra, se encontró con una mujer jamás conocida de raza indecible y con ascendencia múltiple.

—Soy Hipólita Thompson y busco a mi padre, Guillermo Thompson. Sé que existe un espacio subterráneo que aloja a los muertos —dijo la heroína.

La mujer movió la cabeza como si fuera un animal que atiende, con inocencia. Después, cuando Hipólita se quedó en silencio, esperando la respuesta, ella balbuceó y juntó los brazos al frente, luego los dirigió hacia arriba de su cabeza e hizo estos movimientos varias veces, como si fueran un mensaje.

La luz del sol la cegó. Es imposible decir cuánto tiempo permaneció tendida en aquel pastizal.

Se levantó del suelo y miró en torno. A una distancia de sesenta tiros de piedra se encontraba una casa con techo de dos aguas. Al lado, un corral con caballos. Hipólita miró sus brazos y notó heridas que no supo a qué atribuir. Parecían hechas con perdigones; vio con pena que la tela de su traje se había desgarrado. Tuvo sed.

Pensó en acercarse a la casa, aunque no sabía en dónde estaba y llamó a una puerta. Nadie abrió.

Decidió dormir sobre el suelo en el corral de los caballos.

Los agujeros del techo formaban monedas de luz sobre el suelo. En aquel corral, Hipólita se sentía viva. El olor de los animales espesaba el aire.

Estaba desnuda sobre el suelo. Miró los orificios del techo y pensó en las balas que, tiempo atrás, habían marcado la piel de Guillermo Thompson.

No supo definir de qué manera se habían formado aquellos orificios en el techo, ni por qué su perfecta redondez le parecía tan extraña.

Sobre la frente de Hipólita brillaba el sudor de la satisfacción. El calor había aumentado en dos días y anunciaba el cambio de estación.

En la parte trasera de su cerebro quiso escuchar de nuevo las palabras previas a la muerte del monstruo de la cueva. Aquel era el tiempo del orden, de la certeza en los dedos de las manos; el pasado era mejor: ¿por qué, verdaderamente, no había muerto herida por los colmillos del monstruo?

Antes de aquel suceso, era una persona jubilosa.

Era como si la piel pegajosa de aquella bestia en la cueva, o tal vez los vapores de su sangre derramada en el río, hubieran agotado su ímpetu. Ahora, era más difícil alimentar sus motivos de vida. Estaba confundida, extraviada. El emisario le dijo que aquella sensación era natural y producida por saber que había matado a la bestia. Sus manos se habían alzado en lo alto, apretadas a la espada, para acabar con la vida de aquel animal. La mortalidad consistía en notar un sabor acre en la boca al despertar, sentir las desavenencias de los intestinos y experimentar asco ante la vida miserable de los cientos de ciudadanos sin casa, hacinados en la calle, dispuestos a acatar las consignas del Estado con tal de recibir un subsidio. Su desasosiego.

Y tal vez era cierto que al matar a la bestia, Hipólita había perdido el corazón.

## De la manera en que un general enemigo robó el corazón de Hipólita

La última batalla había sido desastrosa para la ciudad.

Después de escapar del puente donde murieron cientos de soldados del bando de Hipólita Thompson, fue alcanzada por el oficial de mayor rango a cargo del ejército enemigo.

En la Plaza Central, los habitantes vieron el corazón de ella sostenido por la mano del general, como si lo elevara a Dios. El corazón en lo alto. La sangre corría entre los dedos del general y ensuciaba la manga de su uniforme. Aún era un pedazo de carne caliente pero, entonces, el general a la vista de todos, echó el corazón en un cazo con alcohol y le prendió fuego. Quienes estaban cerca dijeron que la quema de aquel corazón tenía el olor del incienso, "parecido al sándalo", dijo un joven a la prensa.

El humo subía hacia el cielo. Los habitantes de la ciudad observaron la sonrisa húmeda del general. A sus pies, el cuerpo de Hipólita estaba vencido. Su piel era anaranjada por la luz de la tarde.

Sostenía en la mano un papel, una carta en la que había anotado su última voluntad, aún creía que era capaz de morir. Lo deseaba con fuerza, y escribir aquella nota le otorgaba la ilusión de la muerte:

"A quien corresponda: dígale al emisario de Dios que no soy capaz de dar más de mí. Sé que no dejará de lado lo que aquí le pido, pues se trata de mi última voluntad. Gracias.

H. T."

La carta fue leída por el Concejo de los Jueces. Ninguno quiso cumplir la voluntad de Hipólita, y tampoco se detuvieron a pensar en el sacrificio de su corazón.

Cuando el general miraba ya el horizonte, embebido en el olor a sándalo del corazón incinerado, en el instante que presumía su triunfo con la frente en alto, enloquecido, el cielo comenzó a oscurecerse, la luna eclipsó al sol, luego las nubes enrojecieron y llovieron pájaros verdes sobre las cabezas de los hombres y las mujeres. El general palideció. Bajó la vista y en sus ojos se distinguió algo semejante al arrepentimiento. Pero su locura no disminuyó. Tomó la espada de Hipólita, la desenvainó lleno de rabia y volvió a mirar al cielo —sus

ojos estaban perdidos entre la carne inflamada de sus párpados; sus ojeras ennegrecidas, los labios rojos, le daban ahora el aspecto de un enfermo de tifus— y mirando a lo alto, con los labios pintados de rojo, pues su lengua sangraba (quizás estaba en verdad enfermo), con la sonrisa de los que se atreven a desafiar la vida, levantó la espada y permitió que el color rojo de las nubes se reflejara en la hoja; desde lo alto, inhaló el aire sulfuroso de un cielo que auguraba el final y de un solo golpe hundió la espada en el pecho de Hipólita y la volvió a sacar para cortarle los brazos, las piernas y la cabeza. Así quedó, en pedazos, ante los ojos de los ciudadanos. Del cielo caían todavía las aves verdes. Hubo una mujer que al ver lo sucedido tuvo un ataque de risa irrefrenable y ocultaba su rostro entre las manos porque sentía algo de pudor ante tanta gracia; miraba de soslayo la escena, observaba la bravura del general y, otra vez, se reía como si fuera a morirse. La mujer subió al estrado para abrazar al general que ya se consagraba entre los hombres más valerosos por prenderle fuego al corazón de Hipólita. Y la mujer abrazó al general como si fuera un familiar suyo y le dio un beso en la mejilla y le agradeció varias veces la fuerza de la espada, eso repetía: “la fuerza de la espada”. Y el suelo se llenó de aves, cuyo plumaje sirvió para hacer un camino de honor y gloria al general durante las celebraciones del triunfo del ejército enemigo.

Al estar tumbada sobre el suelo, con el pie del general oprimiéndole el pecho, Hipólita perdió el conocimiento, o eso creyó. Allí, derrumbada y perdida de amor por el emisario (según se dijo, pues ella no dejaba de llamarlo, no dejaba, pues, de pronunciar palabras), escuchó las maldiciones del general después de que él las hubiera dicho. El general había hecho público el deseo de atrapar a Hipólita Thompson y quería su corazón, estaba obsesionado con sus poderes, se encontraba convencido de que Hipólita había soñado con él y había dedicado la energía de su pensamiento para imaginar su estampa valiente.

Distraída como estaba, escuchó las palabras antiguas del general cuando ya era tarde. De esta extraña manera, supo que él se había reunido con sus soldados para trazar sobre un mapa el camino que seguirían hasta llegar a ella y, al final de la expedición, sacarle el corazón. Había escuchado entre sueños la voz que la maldecía sin darle importancia, y en ese instante el general le desprendió el corazón del cuerpo.

El general era un hombre obcecado por sus creencias. Perdido en sí mismo, no fue capaz de entender una verdad: fuera de su cuerpo, el corazón de Hipólita ya no era de ella. Por eso, en realidad, el general nunca jamás podría apropiarse del corazón de Hipólita Thompson.

Al recuperarse habló con el emisario que siempre estaba allí

cuando resucitaba. Necesitaba saber a qué se debía el desajuste de su percepción. Entender por qué había pasado tantos días sin darle el justo lugar a las palabras del general, escuchadas mientras dormía. El emisario le explicó que era la consecuencia de levitar y practicar la telequinesia, pues ambas facultades propiciaban un traslado anómalo en el tiempo y el espacio.

—Alguna parte de tu mente se quedó fuera de la dimensión en la que moraban tus imágenes. Tu juicio se dividió en dos o más —dijo el emisario.

Hipólita seguía afiebrada por el amor. El mundo alrededor le parecía de otra manera a través del velo de esa pasión encendida, y ella pasaba por el momento más alto del sentimiento. El amor hacia el emisario no le impedía ver, a pesar de todo, que en el mundo podían cometerse atrocidades. Había escuchado, por ejemplo, las historias sobre los experimentos médicos en los cuerpos de hombres y mujeres reclutados.

El emisario e Hipólita Thompson ignoraban que Madame Noël había terminado la creación del Ser, insuflándole vida.

Los ojos de Noël se sirvieron de las córneas de Hipólita para ver confines que no le correspondían, parajes que nunca podría visitar, sitios donde abundaban el agua y el alimento. Su mirada sobrepasaba sus capacidades.

Noël creyó estar a la par de Dios.

## Del modo en que Hipólita habla con su caballo, Leónidas, y lo adiestra para combatir

El brazo derecho no le respondía de la misma manera que antes. Pero Hipólita estaba reconstituida por la Gracia de Dios. Todo había sido puesto en su lugar. Un nuevo corazón aún más capaz que el anterior: no sólo purificaba su sangre y la rejuvenecía en cada latido, sino que tenía la facultad de revitalizarla justo al sentir la amenaza, así, no habría manera de hacerle daño a ese corazón.

El caballo estaba furioso. Su bravura se debía a los cambios de espacio, a sus células reducidas a nada para ser trasladadas hasta donde estaba ella. Así, Leónidas había aparecido bajo un puente por intervenciones del emisario.

Hipólita lo montó de un salto y lo abrazó por el cuello, pegó su pecho a la piel caliente del animal.

Leónidas, le dijo: te llamarás Leónidas. La piel del animal brillaba por la humedad del sudor. Era tan blanco que la luz reflejada sobre su cuerpo lo convertía en un espejo. Leónidas era una estrella en el día.

Hipólita le habló en voz baja y sólo él pudo escucharla. Cuando se incorporó, el animal bufó como si presintiera el duro trabajo por venir.

Día con día, Leónidas aceptaba su posición. En su mente, la voz de Hipólita cobraba resonancias perpetuas. El ánimo del caballo era la lealtad de su jinete. Hipólita montó a Leónidas de la mañana a la noche durante cuatro semanas.

—Aceptarás acompañarme en el campo de guerra. Correrás sin amedrentarte por el ruido de las bombas. No habrá ningún límite para tu fidelidad de bestia; pondrás tu cuerpo por delante, sometiéndote, si es necesario, para que yo no muera.

Y pidió a Dios, pues no sabía a quién más dirigirse:

—Impide que Leónidas galope por la ciudad, extraviado. Te solicito que lo mantengas saludable porque ese caballo es mi fuerza y lo necesitaré para conquistar los territorios en ruinas.

Sin embargo, un día Leónidas estaría herido y sobre su piel brillaría la sangre. Hipólita lo reanimaría con palabras de fraternidad y mando, le diría que no podía caer, que debería resistir para terminar con los últimos soldados del frente contrario.

El caballo resistiría hasta ese momento con la nobleza propia de su especie.

Cuando ella clavara su espada en el vientre de un soldado, Leónidas caería sobre sus patas delanteras. Su respiración se agitaría. La mala racha habría cobrado así la vida del caballo y aquel metal poderoso terminaría enterrado en su carne.

Leónidas, a pesar de ser vulnerable, había sido adiestrado para soportar el daño de las armas del enemigo. Por eso, para Hipólita era difícil controlarlo, él bufaba, quería correr más rápido, embestir al contrincante como si fuera un toro. Le dijo, como le diría otras veces, que era necesaria la calma:

—Nada de tu furia servirá si no estamos, los dos, dispuestos a un mismo ritmo.

La Batalla Mayor tendría lugar a las afueras de la ciudad. Se trataba de un poblado vacío, pues los lugareños habían abandonado esa zona de riesgo durante los primeros bombardeos.

Hipólita había entrenado su cuerpo durante dos semanas para enfrentarse con el general. Por órdenes de Dios, o eso creía, debía recuperar su corazón.

El ejército salió hacia el poblado al alba. La noche fue reconfortante para todos, pues el bardo, amigo de Hipólita, había visitado a las tropas para cantarles algunos versos de amor y otros de guerra. Los ánimos estaban a tono, y entre las filas se podía distinguir la voluntad del triunfo venidero.

Antes de dormir, Hipólita pensó en el emisario, hastiado del papel que Dios le había asignado. Hipólita se había prometido dejar de lado los pensamientos sobre el emisario para concentrar su energía en la Batalla Mayor. Y así lo hizo.

Cuando el sol estaba en el centro del cielo y el calor tenía al ejército amenazado por la sed, el enemigo se acercó. Era un batallón numeroso, con un estandarte en el que se distinguía una imagen semejante al cuerpo de una mujer o, para ser más precisos, al cuerpo de una mujer visto por la espalda. Pero, ya de cerca, Hipólita pudo notar que se trataba de un paisaje de montañas, o eso parecía. En cada batalla, el enemigo llevaba un estandarte distinto, cuya imagen no podía comprenderse. Eran emblemas secretos, acordados en las reuniones de sus jueces.

El general iba al frente y cuando la distinguió allí, montada en Leónidas, entera y saludable, por poco sufre un desmayo. Ella le gritó:

—Buenas tardes, general. Lo saluda Hipólita Thompson.

El general no respondió. Hubo un murmullo en la tropa, un regodeo en la inmortalidad de Hipólita, en la estupefacción, en la imposibilidad: ¿por qué no estaba su cuerpo bajo tierra?

En ese momento, en un sitio lejano, una mujer durmió a su hijo

en el regazo, acariciándolo.

El general alzó el brazo y los soldados obedecieron. Hipólita fue directo hacia él, sus movimientos veloces no permitieron que el general supiera de dónde le caía una espada que lo partió a la mitad.

Al caballo le perdonó la vida.

## Del triunfo obtenido en la guerra

Leónidas relinchó.

La batalla estaba ganada. En la parte más alta de la montaña que bordeaba el valle donde se cocía la ciudad bajo el sol, en la parte más alta (es verídico), Hipólita Thompson era feliz por su victoria. Cuando bajó, rodeada por los soldados y los voluntarios de lucha, experimentó la emoción del triunfo.

Las personas se le acercaban, preguntándole cómo había atravesado los campos minados o cómo había piloteado un avión supersónico un mes antes, durante la invasión del desierto. Ella no lo sabía.

## De la manera en que el emisario transmitió facultades especiales a Leónidas

Ensilló a Leónidas para asistir a la reunión con el emisario. La noche anterior, el emisario pidió, quitándose la gorra alada y sacudiéndose los pantalones deportivos de polen, que llevara a Leónidas consigo para ejecutar el designio de Dios sobre la piel caliente del animal y a plena luz del día.

El polen suspendido en el aire opacaba la visibilidad del camino. La primavera en aquellos tiempos de guerra era anómala: las flores despedían cantidades inusitadas de polen. Hubo teorías que sostuvieron que esta abundancia era propiciada por los gases de los bombardeos.

Hipólita le pedía a Leónidas que trotara para hacerlo sudar y que así tuviera la temperatura ideal acorde a los planes de Dios. Leónidas obedeció y, en menos de lo imaginable, Hipólita estaba frente al emisario a un costado de la Catedral. Bajó del caballo y tendió la mano al emisario. Él miró a Leónidas, se acercó con decisión y puso la mano entre los ojos del caballo. Pronunció palabras que Hipólita no entendió. Leónidas entornó los ojos y los mantuvo así. Cuando el emisario apartó la mano, el caballo relinchó, levantando las patas delanteras; Hipólita miró los ojos de Leónidas y dentro de ellos encontró el paisaje de lo que vendría: una ciudad junto al mar, una calle con árboles a los costados, una mujer y un hombre rumbo a un parque. Después, la mujer y el hombre dormidos.

Las visiones en los ojos del animal se nublaron de pronto; el emisario le pidió a Hipólita que no hiciera ningún ruido, la calló con una seña. Entonces, una luz emergió del cuerpo del caballo para cegar al emisario e Hipólita. La luz cesó y Leónidas se derrumbó. El emisario le dijo a Hipólita que despertaría en un momento y que el trabajo estaba hecho:

—Una vez más, he cumplido con la voluntad de Dios.

Ella quiso saber qué alcances tendría aquel conjuro. Y el emisario respondió:

—Desde hoy, Leónidas puede atravesar las dimensiones del tiempo y el espacio, y tú lo harás con él.

## Hipólita desapareció entre el humo

Contuvo la respiración para escuchar el rumor descubierto: a la par de los motores que recorrían el camino, las olas del mar alimentaban su espuma al golpear el territorio. Hipólita levantó la nariz para oler la sal en el aire. Se mantuvo un momento en esa posición, sobre el lomo de Leónidas.

En el extremo de la bahía se alzaba una columna de humo espeso. Hipólita fustigó su caballo y fue en aquella dirección sin imaginar que encontraría lo que el hombre nunca ha descifrado.

Dios miró el trayecto de su hija y la dejó hacer: su voluntad ahora ya no tendría cabida. Llamó al emisario para pedirle que avisara su retirada y su despedida del mundo.

El emisario encontró a Hipólita cerca de la población que humeaba y junto a un cactus, y le dio su mensaje. Ella comprendió el significado de aquellas palabras pero no su causa.

Cuando desmontó a Leónidas y pisó la tierra aún caliente, con el sol por alcanzar el mar, Hipólita desapareció entre el humo: así lo vieron los ojos confusos del caballo.

A varios tiros de piedra de aquel lugar, una gata se distanció de sus crías para beber agua de un pozo.

# Seis

## Sobre una paciente de la doctora Madame Noël que tenía seis dedos

Madame Noël se puso los guantes de cirugía. Había recuperado su visión por completo gracias a las córneas sanas de Hipólita. A veces sobrevenían imágenes a sus ojos, la última consistía en una extensión inmensa de terreno con dos lagos de color púrpura; no eran muestras del pasado de Hipólita guardado en las córneas, sino percepciones de Madame Noël acerca del futuro; ella era futurista. Respiró hondo. La mujer que yacía bajo el golpe de la anestesia tuvo seis dedos en los pies antes de la operación. El sexto no era un dedo cabal sino un pequeño muñón de piel sin hueso, pero durante su gestación aquel pedazo de piel estuvo a punto de formar un dedo.

La paciente, desde la cirugía que la convirtió en una persona con los pies de cualquier otra, supo que disfrutaba estar en los hospitales porque cuidaban de ella como si la quisieran.

Madame Noël no podía evitar conmoverse cuando tomaba la mano de sus pacientes, tampoco al colocar la palma suave sobre las frentes húmedas de sudor. Pensaba: yo puedo estar como ellos, allí, indefensa.

La paciente miraba ahora sus pies y comprendía la diferencia. La ausencia del pedazo de piel, la malformación que la distinguía, había desaparecido. Movía los dedos y los contaba.

Noël fue a verla la tarde anterior a su detención. Nadie habría imaginado que ella, con el talante de gran dama de ciencia, guardaba tras las puertas de su laboratorio un engendro.

Nadie lo habría supuesto.

Alterar los rostros era —Gloria a Dios, decía Noël, cuando pensaba en eso— la forma de dar sentido a sus días. Incisiones que los convertían en semejantes mejorados. Si la faz estaba herida por el tiempo, Noël intervenía.

En cambio, si el mentón estaba retraído, Noël procuraba que saliera lo justo; la mandíbula con la potencia necesaria tendría mayores ventajas ante los ojos de los demás.

Pero Noël atravesó días difíciles. Peleaba, sin embargo, luchaba contra sí misma: no sabía el origen de los patrones que generaban aquellos estados de ánimo. Le era imposible nombrarlos, tanto como

verse caminando de espaldas.

Cuando despertaba, Noël veía ante sí el abismo oscuro del día.

La jornada transcurría como un juego de estrategia: ella movía las piezas para evitar que su oscuridad la invadiera; se afanaba en su trabajo.

## Del único deceso de Hipólita Thompson que no se comprende, por falta de testimonios

La mujer que nombró a Hipólita desapareció. Era el único testigo fiable de aquella muerte.

El cuerpo de Hipólita estaba tendido a la entrada de la iglesia.

La disposición de la escena del desastre puede contribuir a las siguientes teorías:

Que Hipólita Thompson se vio en un momento crítico. Sólo se entendería por su vulnerabilidad agudizada en los días impares y sus facultades instintivas mermadas, a todas luces, por el amor al emisario.

Si los peritos encontraron su traje tirado, se deduce que tuvo que haberse desnudado primero o, acaso, que alguien la había desnudado por la fuerza.

El limosnero del atrio, a quien aún se considera cuerdo, escuchó sonidos de motores dentro de la iglesia, como si estuvieran fabricando algo, dijo (era jubilado de una fábrica de hilos).

## Acerca de la reclusión de Hipólita en una sala de especialistas para observar las particularidades de su comportamiento

Hipólita despertó más tarde dentro de un cuarto con paredes de vidrio. Detrás estaban los médicos más importantes del país y dos biólogos. La miraban como si fuera un fenómeno de la naturaleza. Había sido recluida en el Centro de Investigaciones Especiales.

Del otro lado, los parroquianos pegaban la nariz para verla más de cerca. Ella es, se decían, ella es Hipólita Thompson, podrían haber declarado en coro. El cuarto tenía conductos de aire por donde los científicos dejaban pasar gases somníferos; querían que estuviera en paz, que el adormecimiento le impidiera enfurecer o derribar cualquiera de las paredes de una patada. Y estaba drogada por aquellos gases. Su sonrisa era automática, como si el efecto tóxico al que era sometida la hiciera reír de manera suave. Esa risa es la que deseamos, decía el biólogo detrás del cristal para observar los rostros satisfechos de los demás.

¿Qué deseaban ver en ella?

Hubo desilusiones. A muchos asistentes les parecía una persona común: tenía dos ojos, como cualquiera. No había anomalías visibles, pensaban, salvo la cicatriz de sus labios. Y los guías repetían las facultades especiales de Hipólita en un sonsonete para subrayar el valor de aquella captura. Los médicos querían verla enfurecer. Entonces, escribieron sobre carteles frases ofensivas como: “eres un adefesio”, “deberías desaparecer de este mundo” y otras, para mostrárselas a través del cristal.

Hipólita se dedicó a contarse los lunares del cuerpo. Lo hacía por las noches, cuando podía desnudarse para ser vista sólo por los guardias en turno. También en la noche, las luces artificiales se ceñían sobre ella. No le permitían el descanso de la oscuridad.

Para escapar, se hizo pequeña y salió por debajo de la puerta) sólo así se explica que uno de los investigadores encontrara un trozo de pelo diminuto, atorado en una de las bisagras). Después, se disfrazó de afanadora (existe la versión, menos creíble, de una joven que acusó a una mujer de sus características de haberse hecho pasar por su novio

para quedarse con su ropa) y, burlando al mundo de la ciencia, Hipólita salió de aquel edificio.

## De los días en que Hipólita Thompson decidiría donar su sangre

Alimentada por su libertad, Hipólita estaba ensanchando su cuerpo. Decidió engrosar sus músculos y fortalecerlos. Ahora estiraba sus brazos hacia el cielo y endurecía sus piernas para sostenerse con mayor firmeza sobre el suelo.

Observaba sus hombros y descubría nuevas ganancias musculares: el entrenamiento había dado frutos.

Controlaba mejor que nunca sus movimientos y podía presumir su fortaleza.

Ella podría donar sangre. Dice:

—Dono mi sangre.

Desde que ha conseguido incrementar su fuerza su sangre es más poderosa. La donación de sus órganos fue precisa eran dóciles y sanos, guardaban la vida oculta e inalterable, intocada. Pero la sangre era diferente, por eso supo que darse fuerza haría que los otros la obligaran a dar de sí. El emisario se lo había advertido:

—Si tu fuerza se incrementa, los hombres querrán doblegarte, les parecerás una amenaza. El horror que les produce una mujer que logra subir a la copa de los árboles es el horror ante la serpiente.

La donación de su sangre fue una de las últimas acciones de Hipólita que derivaron de su cuerpo. Después de ir al banco del hospital, de permitir que le introdujeran la jeringa en el brazo y aceptar que aquel líquido circulara por las venas de otras personas, después de eso, Hipólita se enamoró y, como sabemos, el amor mermó su fortaleza. A la par surgían dificultades que no percibía con claridad. Sentía, sin embargo, que su cuerpo estaba incómodo en el espacio; tal vez era el amor, el crecimiento del amor en aquel mundo en guerra.

Para los ciudadanos, el estado pacífico de Hipólita —su renuncia reciente a la beligerancia y a las acciones esperadas ante los hechos de injuria durante su captura—, era un error. Debía defender, decían: atacar las injusticias, las penurias del mundo; ella debía responder. Entonces, sin medirlo, dejaba que lo inesperado llegara.

Un periodista la buscó para entrevistarla. En la grabación se escucha:

—¿Y sus poderes, señorita Thompson?

—Los conservo, pero ahora no soy capaz de usarlos. Pocas cosas me parecen condenables. Si lo que usted busca es una justificación de mis actos, le puedo decir: he perdido interés en la tierra de los hombres, ahora me embarga un sentimiento que me vuelve incapaz de pelear, espero que los ciudadanos entiendan. Discúlpeme, si quiere, con el público televidente.

La sorpresa del periodista se acrecentaba mientras ella hablaba. Y es que, mediante su posición pacífica, Hipólita retaba el orden del mundo, retaba así a Dios.

## Con respecto a las técnicas de concentración que empleaba Hipólita para afinar sus aptitudes y cómo decidieron quemarla por haberse enamorado

Para llevar la sangre a su cabeza, método que le limpiaba la mente de pensamientos inservibles y a la vez le aligeraba las piernas para correr con mayor velocidad, dispuso en el marco de la puerta de su casa un tubo de lámina cromada, ajustable, que compró en el supermercado. El tubo era una herramienta sin igual para hacer fuerza en los bíceps, al enganchar los pies y hacer ejercicios abdominales, o bien, para colgarse de ellos y dejar caer el cuerpo con los brazos cruzados sobre el pecho, a la manera de un murciélago. Así permanecía al menos media hora, si estaba débil, o un poco menos, si por la mañana se había visto capaz de correr largos trechos.

La inversión de su cuerpo le ayudaba, además, a reflexionar sobre la disposición de los objetos. Pensaba en cada una de las cosas frente a ella y en su imposibilidad si no existiera la fuerza de gravedad.

La sangre de su cuerpo le llenaba el rostro e Hipólita enrojecía confirmando su salud. En ese estado de desequilibrio sanguíneo, ya no le importaba si sus actos heroicos habían culminado tan bien como deseaba. Con el cuerpo al revés, su mente olvidaba las frustraciones.

Recordó las frases con aire de reclamo en la voz del emisario. Sus palabras: “queda poco tiempo”, las amenazas ante un futuro que ya no parecía tan próspero como antes. Inundaciones, terremotos, erupciones, ruinas recién descubiertas que demeritaban las concepciones aseveradas acerca de un pasado lejano, eran señales del final. Cuando la desgracia se extendió más allá de los territorios en guerra y alcanzó las comunidades pequeñas, donde la codicia no había florecido y sí, en cambio, las epidemias o los experimentos con medicinas nuevas para aliviar a los poderosos, Hipólita estaba enamorada y flotaba sobre el mundo, no caminaba: ejercía la suspensión aérea, considerándola adecuada en aquel momento, mientras soñaba en la posibilidad de compartir el pan y el agua. El mundo iba descomponiéndose.

Sus piernas le pedían correr y corría, y sus brazos reclamaban la

lucha: la espada; sus piernas pedían cabalgar a Leónidas y regresar a las filas del ejército.

Al abandonar su puesto de guardia, ante los ojos de los ciudadanos Hipólita apareció como una mujer vencida.

Nadie sabía que, en realidad, el amor en aquellos tiempos era una anomalía; con el amor se permitía fallas y los habitantes de la ciudad en guerra abominaban el error. Que acierte, decían. Que se defienda. Que abandone el amor. Que dé cuenta de sus capacidades, pues ha presumido de ser fuerte. Que se dedique a lo que debe hacer. Ellos esperaban.

Y la quemaron.

Hipólita se vio entre las llamas. Un comando enviado por el Estado la capturó al salir de su casa. Ahora estaba en la Plaza de la Concepción, atada a un poste de madera, entre el fuego de troncos verdes que ardían despacio. Y vio cómo su cuerpo fue deshaciéndose, y vio cómo la carne se volvía gris, y los ojos le ardían por el humo.

A la mañana siguiente, justo un minuto después de la salida del sol, el cuerpo de Hipólita, sus cenizas, cobraron de nueva cuenta la forma de sus miembros, de su tronco y sus extremidades, y constituyeron poco a poco el cuerpo renacido y sólo le quedó una cicatriz inexplicable en la palma de la mano derecha, una marca con la forma de un triángulo. No pudo explicarse la cicatriz. Tiempo después, le preguntó al emisario si aquella marca era el signo de un hecho particular y el emisario le dijo que no, aunque el triángulo fuera la figura más perfecta en la geometría y aunque innumerables materiales en la Tierra tuvieran la forma de un triángulo.

## Acerca del gran incendio que provocó Dios como castigo al amor de Hipólita y el emisario

Dios miró desde su sillón la tierra de los hombres y extendió toda su furia sobre el fuego y llevó el fuego a la ciudad y cada una de las cosas que conocieron sus habitantes ardió, como ardieron sus cuerpos.

Dicen que el emisario e Hipólita quedaron carbonizados, como si hubieran recibido sobre sus cuerpos unidos la lava de un volcán.

## Sobre la obra de teatro en la que se intentó reproducir su modo de resucitar

En el escenario apareció Hipólita Thompson. “Aquí está la consagración de la especie: Hipólita Thompson.” Así comenzaba la obra que hicieron en su honor. El escenario estaba iluminado al centro donde la supuesta Hipólita, maquillada de manera excesiva, mostraba sus cualidades supernaturales ante los espectadores. La actriz tenía un arnés transparente y volaba sobre el público.

Se escuchó un redoble de tambores.

Luego, su piel se tiñó de azul. Después apretó los párpados, frunció los ojos y consiguió que le brotaran dos alas verdes de los tobillos. Fingió un ataque de nervios, puso los ojos en blanco y cayó al suelo bajo el efecto de un desmayo y, tras unos minutos en los que el público ya atestiguaba su muerte, Hipólita abrió los ojos: la luz rosada le cayó encima de los párpados y resucitó. Una voz en *off* dijo: Resurrección. Sonaron de nueva cuenta los tambores. Y siguió: Cuando consume sus labores, los hombres escucharán su sonido. Este es un vaticinio. Y pronunció la última palabra separando las sílabas. El público veía, con pasmo, la reincorporación paulatina de esa Hipólita.

## Acerca del rescate de un recién nacido

Hipólita estaba reconfortada. Logró que la criatura naciera. La mujer observó los ojos de perro de Hipólita y le agradeció sus atenciones durante el parto.

Al lado de la mujer, el padre del niño no miraba hacia ningún sitio. Una hora antes, su estómago había sido alcanzado por el calor de una bala.

Averiguó los posibles ataques por venir para advertir a la mujer. Estaba empecinada en su supervivencia. Su constancia duró un mes con seis días, pues un bombardeo quebró los cristales del cuarto de azotea donde se resguardaban la mujer y su hijo.

La madre defendió a la criatura con el cuerpo y los cristales se le clavaron en la piel. Tras haber dormido sobre el suelo en los días previos, su debilidad dio paso a una infección que no tuvo cura.

Hipólita rescató al niño y se lo entregó al emisario para que lo pusiera al servicio de Dios.

## De la manera en que Hipólita se hizo de su nueva espada para regresar a las filas del ejército y vencer al enemigo

Aceptó volver a luchar en nombre de los ciudadanos. La guerra estaba llevándose demasiadas víctimas. Hipólita sintió el llamado a la lucha. El ejército era un espacio de compañerismo; en la carestía, la hermandad incentivaba la generosidad y la compasión.

Fue a una tienda de armas y se hizo de una nueva espada y dos cuchillos. Ensayó día y noche con la espada, la cargó durante jornadas largas; enterró los cuchillos en las frutas y los hundía y los sacaba con un trazo en semicírculo de su muñeca para romper más la carne de la fruta. Estuvo lista una noche de junio; entonces decidió que era tiempo de actuar. Defendió lo propio hasta el final de la batalla. Blandió su espada sobre los soldados enemigos. En algún momento previo, meditó sobre la pertinencia de transformarse en hombre para desenvainar la espada con mayor fuerza. Concluyó que no era necesario.

Era el conflicto entre ciudades y regiones. Se trataba de sobrevivir, nada más, y la pelea sucedía por esa causa.

Reencontró a Leónidas bajo el puente de un callejón, agradeció en voz baja al emisario que lo había llevado hasta allí desde otra dimensión y lo montó para bajar por las laderas del Cerro del Sur y llegar a mediodía a la ciudad, cuando todos estuvieran de pie, y entró a la comisaría y levantó de sus sillas a los empleados y amenazó a los que no creyeran en la necesidad de sumarse a las nuevas fuerzas que desmantelarían los mercados de mujeres y los palacios de los hombres poderosos, esos sitios de burla y cinismo; tras un día de reunir a los ciudadanos en la Plaza Mayor y mostrarles uno a uno el rostro de los culpables del desastre: estaban allí los poderosos y los ladrones, frente a frente, empecinados en sus causas y sus tretas; los extremos juntos como ejemplo de la necedad humana. Ella dijo:

—Todos ustedes con sus acciones han recordado a la ciudadanía que el egoísmo de los hombres conduce a la desgracia. Olvidaron ya el júbilo que produce la vida por sí misma y prefirieron doblegarse a los impulsos de la vanidad y la soberbia, por eso lo que han hecho

representa en sí el propio castigo. Arruinados estamos por sus pleitos.

Al terminar, desapareció por la avenida que llevaba a las afueras de la ciudad a toda prisa, como si fuera un fantasma, y la grupa de Leónidas fue desdibujándose entre los grises edificios y ella llegó al puente donde había recuperado a su caballo y le dijo que podía irse, lo dejó allí porque estaba segura de que el emisario lo recuperaría y lo tendría siempre en el paso de las dimensiones para cualquier otra emergencia.

## De la manera en que Hipólita Thompson se dio cuenta de las membranas que existían entre sus dedos y sus visiones de una mujer

Hipólita mordió la hamburguesa; el queso amarillo se había derramado entre sus dedos. Se limpió con una servilleta y un poco de saliva, y entonces observó algo inusitado: la piel de sus dedos tenía una prolongación, de la base hacia la segunda falange había una membrana, en algunos dedos el pellejo ocupaba falange y media.

La madrugada anterior había observado aves en un programa sobre la naturaleza; sus patas tenían membranas para desplazarse en el agua. ¿Había vivido bajo el agua? ¿Habitó el fondo del mar en una época que desconocía? Escuchó que existían seres marinos capaces de sostener la respiración durante periodos prolongados. Entonces probó si era capaz de hacer algo semejante —estaba sintiéndose identificada con los animales que veía en la pantalla— y sostuvo la respiración durante una hora y media, y le pareció algo sencillo de hacer. Descubrió así su origen marino y parte de su ascendencia.

Y también recordó su cuerpo sumergido en las profundidades del mar. A un lado suyo, un cangrejo gigante, y encima de ella el vientre inmenso de una ballena. Los sonidos del agua como música. El agua que la contenía y la extraña sensación de los contornos de su cuerpo, casi imperceptible allí.

Pensó en la imagen que atestiguó desde el agua: un hombre y una mujer que subieron a lo alto de una roca para tomar allí la fotografía del instante. Ella, mientras, con medio cuerpo fuera y la cresta de su cabeza que brillaba a la luz del sol. Y la ballena que exhaló un chorro alto deshecho en el aire, luego el hálito de aquel chorro reintegrándose al mar.

La mujer sentada en la piedra, con las manos entre las manos del hombre. Nombraba poco a poco lo que sentía.

—Vi mis palabras sumergidas en las palabras de otros. Vi mis ojos perdidos en los ojos de una mujer gentil.

Después, la calma. Ella había propiciado la calma porque aquellas visiones eran, a final de cuentas, una interpretación.

Cuando Hipólita se llevó a la boca el último pedazo de aquella

carne, dio el último sorbo a su licuado de maíz.

En su recuerdo, el hombre había puesto la cámara fotográfica sostenida en la saliente de una roca, luego había pasado su brazo sobre los hombros de la mujer y la cámara había lanzado una luz blanca. Era el atardecer.

El animal que había sido se sumergió de vuelta y estuvo satisfecho al saber que el mar era su sitio.

## Sobre la despedida del bardo

El enfrentamiento con el bardo —otro empleado de Dios— sucedió sin previo aviso. Hipólita había compartido el caldo del racionamiento con él muchas veces. Lo había topado en las peticiones de mano de las doncellas en boga, e incluso, en situaciones de riesgo el bardo le consultaba su opinión. Podría afirmarse que Hipólita y el bardo tenían una amistad profunda.

Una noche, por el tiempo en que era reconocida como guerrera en las batallas más difíciles, el bardo pasó a su lado y la empujó. Hipólita bebía agua de una fuente y por poco se va de bruces.

Entonces no consiguió gobernarse, la furia le nutrió de fuerza el cuerpo. Cargó al bardo y lo lanzó lejos. Él quedó tendido sobre el suelo; sus quejidos eran como los de un hombre mayor. Hipólita se acercó a verlo, había caído encima de un nopal y tenía el rostro enrojecido por las espinas.

—No puedo levantarme —dijo.

Hipólita no le creyó. ¿Cómo iba a confiar en lo dicho por ese hechicero del verbo? ¿Cómo querría ayudarlo si el bardo antes le había tendido las manos y, luego, mostrado una crueldad repentina?

Ella, de pie, lo miraba. Dijo:

—Nadie me quiere y después, me olvida. Tu dolor es por eso mentira.

—¡No! Es real. ¡Me duele! —dijo el bardo, pero ella se había ido ya.

Aquel bardo fue después un ciudadano común, dibujado en un códice antiguo con una virgulilla saliéndole de la boca.

# Siete

## Sobre la profanación de la tumba de Hipólita Thompson y lo que encontraron en ella

Cuando los hombres decidieron profanar la tumba de Hipólita, con el afán de descubrir a detalle su fisiología para crear soldados más aptos en el campo de batalla, cuando por fin el Estado autorizó a los peritos que abrieran la tumba donde había sido enterrado el cuerpo de Hipólita, sucedió un hecho que causó conmoción: el ataúd estaba vacío. Los peritos por poco pierden el conocimiento. No había en el mundo que conocían los hombres alguna teoría que explicara cómo había salido el cuerpo de Hipólita Thompson de un ataúd de acero como aquel, con las cerraduras soldadas.

Uno de los hombres revisó con detenimiento el interior —los ojos fijos en el terciopelo púrpura del colchón que guardaba el ataúd, las marcas de las uñas enterradas en la tela— y encontró la cinta que Hipólita llevaba colgada al cuello: la cinta con la pequeña bolsa de tela en la que guardaba un talismán: la piedra pequeña y verde que su madre había puesto dentro de esa misma bolsa, bajo las cobijas de la canasta en la que Guillermo Thompson encontró a su hija.

Los científicos del Estado analizaron fragmentos de la piedra bajo el microscopio y vieron que en ella estaba guardada una civilización minúscula, inimaginable; el diminuto fragmento de piedra tenía dentro cien ciudades superpobladas de seres pequeñísimos. El cielo de aquel mundo microscópico era morado al amanecer y verde al anochecer. Fue tan extraordinario el descubrimiento, y tan imposible de comprender mediante las teorías desarrolladas hasta entonces, que el Estado mandó investigar aquellos hallazgos pues ignoraban de qué modo reaccionar, o si la existencia de mundos de esa índole representaba algún peligro.

Sin embargo, el sepulturero que desenterró el ataúd no mostró sorpresa y trató de calmar a los peritos diciéndoles que muchas veces los ataúdes que se enterraban venían vacíos.

## Los extraños hechos que la convertirían en un fósil

Cuando el sol salió, Hipólita Thompson vaticinó un hecho insólito. Se observó con dedicación los días siguientes, hubo un augurio: dentro de ella comenzaba a extenderse una grieta, minuto a minuto aquella rajadura en el caparazón de su pecho se prolongaba. El trazo de la grieta era desordenado, como el de las arterias. La grieta iba ramificándose y su respiración era trabajosa, el aire se le escapaba. Vio su cuerpo recorrido por esas grietas; luego, quebrado por las líneas que la partieron en cientos de pedazos.

En otro tiempo, alguien encontraría los restos salitrosos de Hipólita, ya fosilizados. Restos que señalarían cómo había sido su estructura ósea. Una espeleóloga y una arqueóloga quedarían sorprendidas al descubrirla dentro de una cueva y ver que en el sitio donde alojaba su corazón estaba el esqueleto diminuto de un caballo.

Y la espeleóloga sostendría que los hombres habíamos sido así. Un periodista avezado le preguntaría:

—¿Y cómo explica el resquebrajamiento de ese cuerpo?

Ella contestaría:

—Esta mujer sufrió un daño tan brutal que su cuerpo decidió fosilizarse en pedazos imposibles de reordenar; ni siquiera la Medicina de Integración Saludable sería de utilidad en su caso.

Entonces, después de prever ese futuro, se había levantado de la cama para correr las cortinas.

## Sobre la cirugía que realizó Madame Noël para rejuvenecer el rostro de una mujer

La rareza de aquel rostro era dada por su tez. La piel era demasiado blanca y lisa. Ninguna mancha solar la hacía verse más viva.

Madame Noël se acercó a ver las cicatrices tras las orejas y olió su pasado. Qué habría sucedido en aquel cuerpo. Alguien, antes de ella, cortó la piel y jaló las orejas para desaparecer las arrugas del rostro. En consecuencia, aquella faz blanca tenía una amplitud peculiar. Los pabellones de las orejas habían trepado por los costados del cráneo.

El orificio del oído estaba lejos de esa carne que atrapaba las ondas sonoras: el pabellón de la oreja. La anestesia estaba ocupándole las venas. Pudo cortar la parte inferior de la nariz, su cartílago, y tirar hacia arriba para desprenderlo. Debía realizar todos sus movimientos y la separación de la piel, sobre todo, de un solo golpe o con la fuerza sostenida de las manos. El hueso de la nariz quedó al descubierto. Quizá se distrajo en su desviación, porque en ese momento procedió de manera mecánica (ella misma se recriminó la distracción). Cogió el cincel y dio un pequeño golpe con el martillo, tras él se quebró el hueso. Entonces, lo acomodó a su antojo.

Además del trabajo en la morgue y las tardes y noches dedicadas a la costura de las pieles, Noël disfrutaba la posibilidad de rejuvenecer a las mujeres que así lo pedían. Sabía que sus desgracias eran demasiadas, por eso les otorgaba el presente de juventud para darles una vida menos dura. En cada casa y en todos los empleos de salarios regulares, las mujeres con apariencia lozana eran las preferidas. O eso parecía. Darle a ese rostro la juventud era ejercer sus dotes de cirujano, así conseguía para sus días la tranquilidad que provenía de sus manos hábiles. A pesar de que, al pensarlo con detenimiento, aquello era, en realidad, un engaño de la vista. La mujer no sería más joven, pero su piel semejaría a la piel de una muñeca de plástico, y en el plástico estaba cifrada la permanencia: era un material sumamente difícil de destruir, el material que resistía el tiempo. Los guantes de Noël eran de plástico.

La mujer movió los brazos: una reacción de órdenes inconscientes. La anestesia suprimía la sensibilidad pero no significaba

que a esta mujer no le doliera lo que hacía Noël.

Unió la piel en el cuello y procuró la soltura precisa para no impedir la elasticidad del rostro. Su expresión no sería la misma, pero la expresión facial no era bien vista en aquella época.

## De la manera en que Hipólita comprendió la enfermedad de Noël y sobre las versiones de su identidad compartida

Ella deliraba, pero Hipólita le dio un té calmante para que la pobre Madame pudiera descansar y le bajara la fiebre.

Hipólita le contó sobre sus poderes y le dijo dónde había nacido.

Le habló de Guillermo Thompson, de su talento con los metales, de su infancia feliz en el Territorio de Aislamiento. Le contó, incluso, sobre Dios y el emisario; le dijo que era capaz de resucitar, que era un don de Dios.

Dicen los testigos que cuando Hipólita enfermó de gravedad, dejó una nota para cederle sus pertenencias a Noël: los cuchillos, las lanzas, la espada y la capa de aluminio —que nunca usó porque jamás necesitaría reproducir su imagen.

Las versiones son dispares, hay quienes afirman que Madame Noël es Hipólita Thompson, pero es una teoría dudosa pues nunca se encontró el cuerpo de Madame Noël, e Hipólita jamás afirmó si ella la vio morir alguna vez aunque, según se lee en algunos cuadernillos de Noël, Hipólita quizá se ahogó en una mina de arena cuando se enfrentó al gusano de las dunas.

Hubo otra versión que se registró en fotografías borrosas, se trata de una cueva con formaciones de cristal que parecen de otro planeta. Allí, a lo lejos, se distingue el cuerpo mediano de una mujer de gran semejanza a Hipólita y a la propia Noël, pero los estudios realizados sobre la imagen sólo han conseguido comprobar un "enorme parecido a Hipólita Thompson", sin que pueda afirmarse que ella o Madame estuvieron en esa cueva. Los diarios de Noël sí describen con precisión que una de las muertes de Hipólita sucedió en una mina de arena, pero también es cierto que nombran la imagen de su cuerpo sin vida: "con un cristal atravesándole el centro del pecho".

Madame Noël había sido juzgada. La Gran Guerra llegaba a su fin y en aquella ciudad donde el aire era siempre gris, los habitantes hicieron una fiesta.

## Sobre el velorio al que acude Hipólita Thompson y los peculiares sucesos del nefasto cadáver

Hipólita se calzó las botas. Estaba plena en su nuevo traje, le había añadido un bies morado en el borde del cuello y los dobladillos de los pantalones.

Aquella noche se sintió dispuesta a morir en la lucha. Moriría por defender la justicia y arruinar la fuerza que había alimentado al enemigo. Se armó con las lanzas de cobre y los cuchillos, llevó consigo las hierbas paralizadoras y salió.

El velorio era concurrido. Le pareció normal, dado el poder de aquel hombre.

Cada uno de los asistentes al velorio la miró, e incluso hubo varios que estuvieron decididos a preguntarle quién había hecho esas lanzas o dónde había conseguido las empuñaduras de sus cuchillos. Pero no lo hicieron.

Entonces, como una energía paulatina que se le acumulaba dentro del cuerpo, los brazos de Hipólita se hincharon, sus piernas fueron más robustas y el cúmulo de recuerdos, uno a uno, la llenaron de rabia. Su corazón se ensanchó y dijo en voz alta las verdaderas acciones del difunto:

—Mintió en cada una de sus declaraciones, este hombre, que ha pretendido ser una víctima de la guerra y la lucha, de la defensa de la Familia de los Numerosos es, en realidad, un desgraciado. Obró para su beneficio —su rostro enrojeció, entusiasmada al notar la conmoción de los asistentes—. Este hombre —y entonces destapó el sarcófago— ni siquiera está muerto, miren —y lo tomó del pelo para levantarlo del ataúd y mostrarles su rostro, cuyo gesto revelaba espanto.

Cuando dijo lo anterior, el hombre enunció su ruina en cuatro palabras, estaba convertido en lo que era. Se llevó las manos a los oídos y declaró:

—Yo soy el diablo.

Los asistentes se miraron entre sí. La escena era afortunada, tortuosa y terrible. Había una luz rojiza en la estancia y el olor a podredumbre se metió en las narices de quienes allí estaban. El horror

llenó los rostros de todos pero Hipólita, con conocimiento de causa, se encontraba frente al hombre, retándolo. Su cuerpo se contrajo, como si hubiera perdido su contenido, y se deshicieron sus ojos. La carne gruesa de sus párpados se derritió como la cera. Se escuchó un sonido leve, parecido al de un globo que pierde el aire. El hombre se tragó su propio rostro, que fue desapareciendo por su boca.

—Diablo, ya te has ido —le dijo Hipólita.

Una mujer se acercó a hablarle y le dijo que se había enamorado del diablo creyéndolo un hombre de bien. Hipólita le tomó la mano y observó sus dedos. Vio que en aquellas manos no quedaba ningún signo de aquel amor. También, que aquel hombre no podía morir como cualquier otro porque su desgracia había iniciado durante su nacimiento.

—Él fue concebido por un hombre y una mujer que desearon lo peor el uno para el otro sin darse cuenta —afirmó—. Esta muerte es la purificación de su primer aliento para todos aquellos que lo hayan conocido.

Un niño pequeño puso un cerillo sobre el ataúd. Como si se tratara de un material combustible, el ataúd comenzó a arder y no quedó nada de aquel incendio, ni siquiera las cenizas.

## De la manera en que Hipólita distrajo a los otros

Hipólita se colocó la peluca que había comprado en la tienda de disfraces. Se abrigó y ajustó los protectores de los pechos. Era una desconocida incluso para sí misma y estaba asustada ante su transformación.

No sabía qué memorias traía consigo aquella peluca color azul. No eran recuerdos sino previsiones, augurios del futuro que no supo definir, pues aún ignoraba que su vida se multiplicaría en tantas que era incapaz de prevenir su alcance.

Era un nuevo deseo. Esto fue mucho antes de la invención de los tintes que trajeron los tonos secundarios. Pensaba que si usaba una peluca única llamaría la atención sólo por eso; sus debilidades serían minucias a la par de aquella peluca sorprendente, y distraería así cualquier otro juicio sobre sus extravagancias. Se hablaría de ella por el color de su pelo, como si al atrapar la curiosidad de los otros en esa banalidad borrara las expectativas que ponían en ella.

## Acerca del hallazgo de Madame Noël dentro del cuerpo de un paciente

Noël esperó a que el paciente recuperara el conocimiento. Sus signos de mejoría eran notorios, su voz, ahora, tenía menos variantes. No podía escribir en su historia clínica lo que había visto. Porque no encontraría las palabras para decirlo. No podría señalar las características de su comportamiento ni lo que guardaba en la caja torácica. No podría.

Tal vez, si su asistente llegara antes de que la sala de reuniones estuviera ocupada por otros médicos hallaría la manera de contarle lo visto, suplicándole que lo guardara como un secreto.

Al abrir la carne de aquel tórax, las teorías que conocía hasta entonces se disolvieron. ¿Cómo era posible que viviera así? Tras meditar sobre los hechos, decidió callar y guardar en un recipiente uno de los órganos. Aquel hombre, aunque hubiera muerto, necesitaba el anonimato. Sus particularidades no podían ser reveladas a quienes ejercían su trabajo con desdén. Ni siquiera el director de la morgue debía conocer lo que acababa de hallar, pensó, y estuvo segura de la decisión que tomaba.

Observó su rostro y luego examinó a detalle la composición de sus vísceras, las palmas de las manos, la arruga de las corvas, sus pies. Él no tenía ninguna seña particular, ninguna otra cosa que lo convirtiera en un ser único. La belleza de aquella malformación natural estaba solamente allí.

Y separó los dos corazones del hombre y vio la rareza de uno junto al otro. Eran del mismo tamaño, casi idénticos, había una arteria que llevaba la sangre de uno a otro, ambos funcionaban bien.

En algún lugar del mundo, una mujer sintió un dolor intenso en el pecho que se extendió durante horas. Luego, la mujer supo que el hombre a quien más había querido estaba muerto en su cama. Pero nunca pudo conocer lo que Madame Noël había encontrado: el cultivo del amor en la carne, la belleza de aquel tórax.

# Ocho

## Acerca del beso de Madame Noël

Mira la mesilla que está al lado de su cabeza; encima hay dos cristales cóncavos, no sabe qué son. Una tela a cuadros la cubre: no entiende por qué está allí acostada, pues recuerda que permaneció de pie muchas horas frente a las camillas de los pacientes. Mira a un cuerpo que entra en su habitación. Entonces, yo estoy dentro de la habitación, concluye, pero ese cuerpo móvil y vertical, ¿qué es? El cuerpo emite un sonido, el sonido varía, es modulado, luego grave, el sonido la llama pero no entiende su mensaje. ¿Qué significa decir algo? ¿Qué es el habla y cuál es el cuerpo de ella en ese momento? Tiene frío. El hielo, el hielo es transparente y la tela no. El hielo dibuja lo que tiene detrás, lo contiene. El frío. El cuerpo le habla y dice que sí, dice que sí varias veces. Noël, en consecuencia, asiente, mueve la cabeza para decir que está ahí, lo acepta. El cuerpo se acerca y la mira; lo observa de frente y ve que ese cuerpo tiene dos ojos como los suyos, parpadea y entiende que aún tiene unos ojos semejantes. El rostro de aquel cuerpo está cada vez más cerca del suyo; la besa. Le da un beso profundo, que siente en la garganta. La rigidez de su cuello es el aviso de lo que vendrá. El cuello de Noël se solidifica. La respiración es más fina ahora y cuando va a probar si puede responder aquel beso, abre los ojos para verlo de nuevo y aquel rostro se desdibuja, sus ojos están apagándose. Cuando está ya a oscuras, de pronto, un golpe de luz le revela su identidad y, en ese segundo, se encuentra con su propio rostro fuera de ella, mirándola.

## Del nuevo corazón que Dios puso dentro del pecho de Hipólita, mientras ella dormía, y las acciones de la codiciosa Madame Noël

Hipólita despertó con un fuerte dolor en el pecho. Por la noche, el emisario le había operado el corazón para mejorarlo. Dentro de la carne, Dios había puesto un filtro de alambre fino. Su sangre lo atravesaba y recuperaba las cualidades de la sangre de un recién nacido. Así, Hipólita no sufriría enfermedad alguna, ni siquiera el desgaste del tiempo.

Madame Noël lo sabía.

Y extendió sobre la cama de cirugía el cuerpo apagado de Hipólita Thompson, y le abrió el corazón y extrajo el filtro, estudió su composición e hizo uno semejante, y nunca registró en ninguna bitácora de qué estaba hecha esa herramienta que habría sido codiciada por todos los habitantes de la ciudad; e introdujo en lugar de ese filtro una piedra traslúcida de origen desconocido que le daría a Hipólita la certeza de proceder de manera adecuada, y así su corazón sería un segundo cerebro para la heroína. Noël estaba orgullosa de su intervención y se quitó los guantes para fumar un cigarro.

En ese momento, en otra parte del mundo, una mujer declaró que temía que su esposo le hiciera daño, que la atacara por la noche. Lo dijo en una llamada telefónica a un programa de radio de la tarde. Madame Noël miró el aparato y suspiró.

Entonces, lejos de allí, se escuchó la voz de un hombre que pedía por su destino, rezaba para curarse de una enfermedad. Estaba en medio de un bosque y era la noche más corta del año.

En aquel momento, Madame Noël se pintaba las uñas de rojo.

## Sobre el envío especial que Noël recibió y que la llevaría a terminar su creación

Madame Noël recibió la caja por la mañana. La consigna era no mirar el rostro de quien la entregara. El anonimato le producía tranquilidad. Un hombre con escafandra llamó a la puerta y le dio el paquete al alba.

El contenido de aquella caja de plástico consumaría su creación. La puso sobre la mesa de instrumentos y la abrió con los dedos crispados, como si fuera un regalo. Dentro, había una caja más pequeña de vinil transparente. Vio la carne rosada y se estremeció; en sus ojos brillaron lágrimas de satisfacción. Era el corazón sano, listo para ser trasplantado.

Dios consumaba así el destino del corazón de Hipólita. Ahora, aquel órgano cobraría vida de nueva cuenta dentro del Ser. Era el único modo en que Dios podía tener la soberanía de los actos inesperados que el Ser cometiera.

Pero ninguna acción de Dios, a pesar de su omnipresencia y su poder, conseguiría superar la dedicación que Madame Noël había puesto en la costura de aquellas pieles.

## De cuando Noël descubre las anomalías inevitables de su proyecto

Durante la mañana del primer día de verano, el sol estaba frente a sus ojos, su luz entraba por el ventanal del laboratorio y daba brillos anaranjados a las planchas de metal. Noël miró la luz solar y sintió deseos de avanzar en su búsqueda.

Bajó a la bodega y sacó del contenedor rectangular la piel inmensa. Observó que en algunas partes había crecido vello, en otras, las cicatrices de las vacunas de alguien se habían atenuado hasta convertirse en marcas casi imperceptibles. Estuvo convencida de la evolución que implicaban estas señales. La solución en la que sumergió aquella piel aminoraba los estragos del tiempo.

Tomó el retazo que el día anterior había conseguido en el Hospital General y se sentó a coserlo, toda ella envuelta en un traje de plástico, y cosió con puntadas perfectas la piel de un hombre joven. Estaba rodeada de aquella enorme retacería, parecía un animal en el desierto, la gran piel como una duna suave, y ella en un extremo, sembrando en la arena.

Observó su creación y se inquietó: la gran piel tenía orificios, no se trataba entonces de una completa, y no había modo de remediarlo: cualquier piel despegada del cuerpo conservaba sus orificios: los dos huecos de la nariz, el ano, la vagina, los huecos de las orejas y las bocas abiertas que mostraban el descanso del difunto; Noël no podía evitar la existencia de los orificios. Podría cortar pequeños cuadros y parchar esas faltas. Pero la idea le desagradó, no tenía control sobre ello, no había manera de lograr la contención, el impulso del Ser iría más allá.

—No hay manera —maldijo— de lograr un tejido sin fisuras.

Su necedad le producía días de rabia y frustración, días en los que deseaba abandonar su proyecto para dejarse morir.

## Del momento en que Madame Noël poseyó el cuerpo de Hipólita y la atinada intervención del emisario

Noël desató a Hipólita. Ella se incorporó y le preguntó cómo se llamaba. Cuando Noël estaba articulando su nombre de pila, Margarita, sucedió algo que ni la misma Hipólita se pudo explicar; el emisario entró al cuarto para detener el fenómeno, pero era demasiado tarde. Noël abrazó a Hipólita y, enseguida, ella cayó de rodillas sobre el suelo para recibir el alma descompuesta de Madame Noël.

El emisario cerró los ojos para recibir instrucciones de Dios:

—Tienes que bañar a Hipólita en una tina de agua con miel.

Atendió las órdenes de Dios y llevó el cuerpo inmóvil de Hipólita hacia el baño, y dejó que el agua corriera y mezcló la fría y la caliente, y se quitó la gorra porque sintió calor y encontró un tarro con miel en el armario que estaba junto al fregadero, en el laboratorio de Madame Noël, y preparó la tina hasta que le pareció adecuada la mezcla y desnudó el cuerpo de Hipólita, arrancó con desesperación su traje azul roído por el uso y la sumergió. Al paso de unos minutos vio que abría los ojos despacio, poco después hubo vida y reconocimiento en sus ojos, entonces el alma de Noël salió de ella en forma de humo púrpura, e Hipólita tragó agua y sacó la cabeza para jadear porque le costaba respirar. Y Dios apretó los labios, satisfecho.

Cuando Hipólita controló su respiración, escapó de su boca un vaho rojo con olor a azufre: eran los deseos de Noël convertidos en vapor.

Dios maldijo a Madame Noël. Regresó el tiempo y desapareció de la historia de la humanidad a la familia Gros y a la familia Noël, sin importarle que Madame tuviera este apellido sólo derivado de su matrimonio. Así, nunca habría nadie en el mundo que se apellidara Gros ni Noël. Y nunca habría un cuerpo deforme que ocupara un cuarto entero, no existiría el Ser. El corazón de Hipólita jamás sería tocado por la mano de Noël, ni la heroína sumergida en agua. El emisario sí la besaría, pero eso sucedería de otra manera.

## Las acciones de Dios sobre la vida de Madame Noël

Noël compró agujas. Probó en la piel de un muerto antiguo su destreza para suturar. Quería evitar que la piel múltiple de su prueba tuviera cicatrices.

Serruchó las rodillas y tomó esos bíceps perfectos, de una potencia inimaginable. Aquellos músculos podrían considerarse el ejemplo de la evolución humana, ideales para correr y vencer al enemigo en la guerra. Y sostendrían el torso perfecto, que Madame Noël ideaba con tanto brío.

Se dedicó, durante la primavera, a coser hebra por hebra en un pedazo de cuero curtido la cabellera de su criatura. Usó pelambres rubios y castaños, de hombres y caballos, para que la peluca cobrara realismo. Empleó agujas redondas de sutura y formó la caída de un pelo abundante y verdadero.

Su cuarto de trabajo, el laboratorio, estaba iluminado por los ventanales que daban a la parte trasera de la iglesia.

Para el verano, Noël había terminado la peluca y entrevió con ese hecho la cercanía de su realización.

## Acerca del insólito nacimiento del Ser

Noël tragó saliva. Frente a sus ojos estaba aquella cosa creada por sus manos. Un trozo de carne que la miraba desde alguna parte, un ser vivo único que respiraba mediante dos enormes orificios nasales separados por metros. La creación de Noël ocupaba todo el fondo del laboratorio y su carne tocaba el techo de lámina, apretujándose, incluso.

Nadie pudo describir nunca qué era eso. Noël le sonreía y aquel Ser se sacudía como una gelatina, tal vez se reía con ella. Probó sus reacciones, primero dio un zapatazo sobre el suelo y el Ser se desplazó hacia atrás como si estuviera molesto por el ruido, o tal vez como una reacción cuyo origen era instintivo. Luego aplaudió, y el Ser se aproximó despacio, en un movimiento tan lento y cuidadoso que parecía mostrar afecto. Me quiere, pensó Noël, ufanada ya. Su mirada brillaba en la media luz del laboratorio, sus ojos mostraban la satisfacción del éxito y, si alguien la hubiera observado con cuidado en aquel momento, habría notado que en los ojos de Noël se guardaba una vibración semejante a la de una bestia frente a su presa.

El Ser se dobló a la mitad o se inclinó. No se trataba de un movimiento, o no puede imaginarse así, pues el Ser carecía de extremidades. Pero se dobló en dos y de su carne salió un grito, o algo semejante pero con ciertas cualidades de relincho. Noël pensó en los azares de la naturaleza: aquel Ser no podría considerarse descendiente del caballo y, sin embargo, su queja era parecida.

Entonces, decidió acercarse para tocar por primera vez la piel y sentir la temperatura de aquel inmenso cuerpo. Caminó con decisión hasta quedar a unos centímetros del Ser. Noël estaba allí, y confiaba en que esa carne gigantesca no podría hacerle ningún mal pues ella le había otorgado la vida. Así, extendió su mano y tocó la piel rugosa.

Entonces, en alguna parte del mundo, un hombre cayó desde lo alto de una montaña. Era un escalador experimentado pero la muerte lo alcanzó allí, y el hombre murió congelado, bajo la nieve.

El Ser, la carne superdotada y única fue perdiendo el agua día a día porque no tenía boca para hidratarse y, al cabo de dos semanas se secó como la carne de caza se seca al sol.

Tiempo después, entre los restos de pieles del laboratorio, un

perito encontraría la medalla de bautismo de Madame Noël, con su nombre grabado sobre el metal: Suzanne Blanca Margarita Gros.

## Sobre la visita de Hipólita Thompson a Madame Noël y como le dio muerte al Ser

Tiempo atrás, Madame Noël estuvo lista para conocer a Hipólita Thompson. Hipólita había sido obligada por Dios a coincidir con Noël, a procurar persuadirla para que no lograra su proyecto.

Noël corrió la puerta de lámina del laboratorio. Hipólita olió la sangre seca sobre la melamina de las mesas y respiró los vapores de las pieles curtidas. Casi tuvo arcadas cuando vio las pilas de piel dispuestas a los costados de las mesas. Noël se había recogido el pelo y estaba perfumada, quería dar una buena impresión. Hipólita comprendió que aquel desastre no se podía juzgar de manera habitual; el trabajo de Madame Noël es cosa seria, pensó, y las ideas sobre la higiene o la ecuanimidad no tienen objeto si se busca la creación de la vida eterna.

Noël le sirvió un té rosado y la invitó a sentarse en una poltrona pegajosa. Los ojos de Noël dejaban ver el movimiento de un alma sensible. La escuchó hablar.

Noël estaba cierta de anular los deseos de los otros y pactó con todos los malos espíritus para nublar la mente de Hipólita; en cada gesto procuraba borrar de la frente de ella los encargos y los principios de estabilidad que eran cosa corriente para una hija de Dios.

Hipólita miraba las manos gruesas de Noël. Le preguntó sobre las motivaciones de sus experimentos:

—Recibí un aviso del Estado sobre sus intenciones. Me pidieron que viniera. ¿Qué hace aquí?

—Analizo las pieles de los ciudadanos muertos. Es fundamental para el desarrollo de los injertos en los rostros de los heridos de guerra.

Hablaba sin dudar; sin embargo, Hipólita no le creyó y miró sus ojos para ir a su pasado: Noël había tenido una infancia bondadosa, su desgracia comenzó cuando se enamoró de Vladimir, un hombre que no sabía distinguir el bien del mal. Y su muerte había provocado que el cuerpo de Noël se llenara de un humo azul, el humo de la tristeza, que la llevó a buscar la creación del Ser.

Hipólita extendió la mano al despedirse, luego de asegurarle

calma a Noël y prometerle que el informe que daría al Estado sería positivo:

—No hay razones para acusarla. Las conjeturas de los hombres suelen estar sujetas a interpretaciones equivocadas. Sólo ha hecho lo que podía hacer.

El Ser de carne que creó Noël llevaba las córneas y el primer corazón de Hipólita Thompson, pero nadie lo pudo comprobar sino hasta que la propia Hipólita tuvo la lucha cuerpo a cuerpo con aquella cosa, y al enterrarle la espada a la par de uno de sus ojos perdidos entre las lonjas y ocultos, a la vez, en los pliegues de la piel más delgada —la de una joven que murió en plena adolescencia—, al enterrar la espada en el centro de aquella carne, Hipólita miró una de las pupilas del Ser y en su reflejo vio el rostro de Guillermo Thompson.

Hipólita asestó la espada con toda la fuerza de su cuerpo y con la ira de Dios en sus puños. Luego miró al Ser derrumbarse sobre el suelo, hubo un temblor de tierra, y para asegurarse de haber terminado con aquel engendro, tensó la cuerda de su arco y escogió la mejor flecha, cuya punta estaba cubierta de una sustancia indecible, lanzó la flecha y notó que cuando se enterró en la carne, el corazón robado del engendro dejó de latir.

## De la manera en que Noël se encontró con el monstruo alado cuando vivió en la casa de asilo

La vida era nueva en el exilio. El cuerpo de Madame Noël había recuperado vigor y su piel estaba reconfortada por la humedad de la costa. Noël, que nunca prefería las telas transparentes, se vestía ahora con ellas.

Pidió permiso para dar el paseo del sábado. Las normas en la casa de asilo eran estrictas porque los convalecientes podían sufrir los temores comunes que se gestan en la soledad y desearían escapar a nado hacia quién sabe qué parte.

Noël no pensaba en probar suerte dentro del agua; estaba agradecida por tanto. Cuando creía que no existían los sobresaltos, apareció ante sus ojos el dragón. Cruzaba hacia el malecón y la temible bestia alada descendió para soltar fuego por sus fauces; Madame Noël no tuvo tiempo de huir, no tuvo tiempo de hacer el recuento previo, no supo, no entendió de dónde venía aquel animal porque ella jamás había prestado sus pensamientos a los seres de otros mundos. Y el dragón siguió lanzando fuego; Noël lo miró de frente, petrificada, hecha carbón después, y hecha polvo finalmente. El pánico que Noël tuvo —como le dijo el bardo alguna vez a Hipólita— fue el puro miedo a la muerte, pero también fue el olvido de la vida, porque Noël no recordó que cuando el fuego alcanzó su cuerpo, ella seguía respirando.

Aquel cruce de calles era uno de los puntos más concurridos de la ciudad, pero en ese instante no había ninguna persona en al menos dos kilómetros a la redonda, y Madame Noël convertida en ceniza dejó de existir.

—Sé, Dios, que el mundo es habitable, aunque todos moriremos —dijo el emisario mientras le acercaba una charola con los cuerpos de barro, ya terminados, que Dios había creado aquella tarde. Dentro del horno, un cuerpo deforme había caído sobre el fuego de la hornilla y el calor lo había deshecho: era el cuerpo de Madame Noël.

# Nueve

## En cuanto a la despedida de Hipólita Thompson antes de la excursión a la cueva del monstruo

Hipólita encontró la cueva a media mañana. Llevaba el carcaj, la espada y dos flechas con veneno. Desde lejos, en la ladera de la montaña, su cuerpo parecía el de un bicho que trepaba. Su traje azul se distinguía entre el verde humedecido de los árboles; eran tiempos de lluvia. El camino resultaba difícil, sus pies se hundían sobre el lodo. Las botas de cuero resistían, a pesar del considerable desgaste de sus suelas; tenía los pies secos, envueltos en calcetas de lana cruda. El sudor le mojaba la frente y se detenía sobre las cejas y luego resbalaba por su cuello. Tenía hambre.

El día anterior, Hipólita había acomodado su ropa en cajas, había guardado bajo llave sus libretas y los documentos de identidad falsos que le permitieron vivir en la tierra de los hombres.

Cuando Hipólita se metió en la cama, cansada por tantas jornadas de recontar su vida, de distinguirse al atravesar las cosas —ella sin contornos y desdibujada— y por los pensamientos que la perturbaban, miró el techo de su cuarto y descubrió que la mancha de humedad tenía la forma de un dragón.

Hipólita deseaba morir. Y encontró el secreto de su mortalidad con mucho trabajo.

Imaginaba su cuerpo tendido dentro de un ataúd, como el cuerpo de cualquier mortal. Su cabeza se veía cubierta de canas y su nariz era más carnosa, al igual que las orejas. Las manos manchadas con grandes lunares: las marcas de vejez. Alrededor del ataúd, un grupo de personas, que en su visión presente no conseguía identificar, le ponían flores sobre el pecho, en las rodillas y los pies.

Hipólita estaba cerca de la entrada a la cueva.

—Verás dos encinos que crecen uno a la par del otro, luego, los restos de una cabaña del antiguo Campamento de Guardia —le había indicado el emisario—. Al norte podrás ver la Torre de los Frailes con la cúpula amarilla. Cuando estés allí lo sabrás.

Dejó un bastón de madera que había recogido en el camino: un pedazo de rama seca que le sirvió como una tercera pierna en las

partes más empinadas de la ladera, y observó la boca oscura de la cueva. Se detuvo para respirar y pensar, por última vez, si su deseo seguía ocupándole las tripas. Y sintió de nueva cuenta el deseo de encontrar la paz, y dijo "sí" para ella misma, y apoyó las manos sobre sus rodillas; vio un rasguño sobre el dorso de su mano izquierda y notó que en un extremo la sangre era ya una costra fina.

La noche anterior a su partida, Hipólita había soñado que se hacía una herida en el brazo sin saber con qué. Se cosía ella misma y las puntadas le quedaban mal, entonces decidía quitárselas para permitir que la herida cerrara sola.

Se irguió e infló sus pulmones con el aire fresco del bosque. Desde ese momento, en su corazón no cupo la duda: vencería al monstruo. Entonces el árbol más antiguo perdió una de sus ramas y se escuchó el estruendo; la rama era inmensa pero estaba seca hasta la mitad, el viento y la lluvia la habían desgajado y terminaba por caer.

Hipólita alzó la vista y miró que el sol estaba justo en el centro del cielo. Las nubes iban deprisa. Allá arriba hace frío, pensó.

Quitó el broche de la funda de su espada. Tensó la cuerda del arco y se lo colgó de nuevo en el hombro. La falta de alimento le causó un leve mareo, pero abrió la mandíbula varias veces y produjo saliva para refrescarse la boca. Se puso en cuclillas y orinó sobre la tierra húmeda y sin quitarse el traje.

Cuando entró a la cueva descubrió el olor de la bestia. Si hubiera sido capaz de describir aquella pestilencia, tal vez sus palabras habrían sido: putrefacción, heces, animales muertos. Se adentró, miraba hacia el frente, como si supiera que el monstruo estaba al fondo.

El monstruo dormía. Hipólita se acercó a él e intentó saber de qué color era su piel. Le pareció verde, le pareció la piel escamosa de un pescado, pero aquel monstruo no era acuático, ¿o lo era? Escuchó una gota caer sobre el agua. A su lado, descubrió un río subterráneo cuyo inicio o final no pudo distinguir en la oscuridad. Encendió una cerilla contra el cierre de su traje y prendió una de las velas que llevaba. Alumbró el espacio y vio que aquella cueva era bellísima. De las paredes colgaban plantas florecidas y el agua del río era transparente. Miró hacia arriba y encontró orificios en el techo por donde entraban delgados haces de luz.

El monstruo rugió en el sueño.

Hipólita le buscó la cabeza, metida entre las patas traseras; estaba enroscado para darse calor. Desenvainó la espada y calculó el golpe del metal sobre el cuello grueso. Entonces despertó. Los ojos de la bestia eran del tamaño de ella y destellaban, encendidos por el reflejo de la vela. Hipólita miró uno de los ojos porque no era capaz de ver ambos, algo de aquella mirada la sobrecogía. De manera opuesta a lo

que podría suponerse, la bestia cerró los ojos de nuevo y estiró el cuello hacia el frente. Se entregaba. Poco antes de posar su gigantesca cabeza sobre el suelo, abrió los ojos para ver con fijeza la espada de Hipólita. Sus párpados cayeron y, ella, Hipólita Thompson, alzó la espada. El torrente de sangre resbaló sobre la piel y las patas del animal. Su olor era más intenso ahora, Hipólita se hincó sobre el cuello y tocó con la punta de los dedos la piel suave del monstruo. Miró sus patas y vio que entre los dedos tenía una membrana que quizá le había permitido nadar durante millones de años. La sangre inundaba el suelo y comenzaba a mezclarse con el agua del río. Caminó sobre el lomo de la bestia y descubrió algo que sólo Dios sabía: el monstruo tenía ombligo.

Distinguió su cola: tenía pelos en la punta; eran de color rojo, como sus ojos. Dio un salto para caer a los pies del monstruo y lo miró, vencido.

El agua del río era rosada ahora, en las orillas el color aumentaba de intensidad hasta ser del rojo original de la sangre. Hipólita descubrió que la bestia aún respiraba y se sentó a observar cómo el aire iba faltándole poco a poco, y atestiguó la serenidad con la que moría. Era verdad: aquel monstruo, como todos los seres del universo, cedía su cuerpo al destino.

Sus actos no pueden ser juzgados aunque se haya comido a hombres y mujeres para saciar el hambre; obedecía a sus instintos, era una bestia. Su carne, su fuerza y su aliento poderoso eran vigorosos.

La bestia respiró por última vez.

Hipólita sintió una punzada sobre el pecho. Salió de la cueva y se sentó en la pared de la entrada para descansar. Estaba exhausta. El sueño la venció durante unos minutos, aunque al despertar le pareció que llevaba allí una eternidad. Y al volver en sí, al recordar lo sucedido, miró su espada con la sangre seca sobre el metal. Observó sus manos y notó que habían envejecido, entonces dijo:

—Moriré al fin.

## Acerca de cómo logró guarecerse Hipólita Thompson de la caída de las bombas, a pesar de saber que moriría

Hacia el último mes del año en que Hipólita alcanzó la mortalidad se vieron lluvias incesantes en la ciudad. La pólvora se apelmazó sobre el suelo, como una crema espesa del color del acero.

Levantó la vista y vio los proyectiles en lo alto del cielo, y entre los proyectiles flotaban también las bombas. Estaba en el centro de un parque con árboles antiguos que morirían en breve por el efecto de la pólvora, y miró en torno. Una anciana sentada en la banca más cercana se había descalzado para ponerse calcetines. Hipólita se acercó:

—Señora, va a caer una bomba. Resguardémonos en la tienda de la esquina, allí deben tener un sótano y en el sótano, víveres.

—No. La bomba nos matará de todos modos —le respondió la vieja, mirándola de frente, como si le soltara un regaño.

Decenas de aviones cruzaron el cielo y dejaron caer más proyectiles sobre la ciudad. En la cabina de uno, el piloto miró los controles y pensó en su familia que estaba a salvo, lejos.

Hipólita comenzó a temblar. Ya era mortal y estaba siendo consciente de ello por primera vez. ¿Qué sería morir? Morir es un estado de gracia, pensó.

Los aviones bombarderos eran frágiles. Lo eran porque todo en el mundo es frágil, todo perece en algún momento. Y el piloto que pensó en su familia y en las familias que estaban en la tierra, observó cómo el humo señalaba una avería en el ala izquierda. Caeré, pensó, y tendré que planear para no estrellarme contra el suelo.

Hipólita miró el cielo de vuelta, parecía un techo con lámparas gigantescas y apagadas; el estado de las cosas en el mundo afectaba la fuerza de gravedad y en ese extraordinario momento los artefactos mortales permanecían suspendidos en el aire.

La vieja se calzó los zapatos y se acercó a Hipólita:

—Está bien —le dijo— vamos a la tienda, moriremos de cualquier manera pero al menos estaremos juntas, y podremos hablar de nuestras vidas antes de morir.

Dentro de la tienda encontraron a una pareja. Les pidieron asilo para esperar la caída de las bombas. Hipólita, estremeciéndose, les aconsejó que abrieran el sótano. La mujer se llevó las manos a los oídos, no queriendo escuchar. El hombre miró a su mujer —el tiempo que habían compartido juntos era inmenso, tanto que se parecían entre sí, como si fueran hermanos—, la mujer inhaló con fuerza y contestó:

—Sí, vamos a abrir el sótano, José, y a guarecernos allí. Moriremos de todos modos, al menos allí debajo no sabremos cuando estalle la bomba.

José tomó el llavero que colgaba de un clavo en la pared, al lado de los anaqueles con papas fritas, y caminó hacia el fondo del espacio. Abrió una puerta pequeña que conducía a un pasillo corto y, más allá, a las escaleras que descendían. Bajaron. La mujer llevó una canasta con comida y agua, tomó de los estantes lo primero que vio: galletas, leche, pan dulce, chocolates, jugos enlatados.

La vieja tardó en bajar las escaleras porque sus piernas estaban ya vencidas y las rodillas apenas conseguían articularse.

Se sentaron en el suelo a esperar.

Hubo un largo silencio.

## Lo que siguió al bombardeo

Hipólita abrió los ojos y observó a la vieja dormir con placidez. Estaba rendida a la par de los dueños de la tienda. Miró a la mujer abrazada de José —nunca supo su nombre— y a José roncar con la boca entreabierta. Por el quicio de la puerta del sótano vio luz y pensó que era la mañana del día siguiente. Se equivocaba.

A sus pies observó los últimos víveres que sus ojos verían, una canasta con frutas: uvas, manzanas, fresas, peras y encima una barra de pan. No comería nunca más.

A la par de Dios, el emisario no pudo contener las lágrimas. Dios no le recriminó el llanto porque ambos estaban por perder a Hipólita. El emisario le pidió a Dios que le devolviera la vida eterna, pero Dios dijo que ya no quedaba tiempo. Entonces, el emisario le suplicó que lo llevara con ella para morir a su lado. Dios aceptó su petición y lo dejó ir.

Hipólita sintió la mano del emisario sobre su pecho. El aire estaba ocupado por algún gas que le cocía la garganta, cada respiración era un suplicio y el emisario comenzó a sentir lo mismo que ella. Hipólita cerró los ojos y vio un rostro que la miraba, y recordó la cama de su casa, la cama donde Guillermo Thompson había puesto sus iniciales clavadas sobre la cabecera, las letras de metal torneado, las letras que parecían tener movimiento porque Guillermo Thompson era un artesano del metal.

La mano del emisario cubría su corazón.

Dios dijo desde lo alto, implacable:

—No has podido adaptarte a la sociedad de los hombres. No has servido a la justicia por estar perdida dentro de ti misma.

La fuerza de gravedad operó entonces de manera común y los proyectiles cayeron sobre el suelo. Las bombas estallaron.

Sólo la Gran Peste pudo compararse a los estragos provocados por las bombas.

En el techo del sótano se hizo un gran agujero, el suelo de la tienda se derrumbó y cubrió los cuerpos de ladrillos y cemento.

Los latidos del corazón de Hipólita fueron contados por la mano del emisario, antes de su muerte definitiva. Si hubiera sentido amor, su voz se habría escuchado en cualquier sitio. Una voz que se perdió

por amor, una voz que se extinguió por nombrar el amor. Si así hubiera sido, la mano de Hipólita estaría en la mano del emisario, perdida en su calor; los dedos entrelazados. Sin embargo, Hipólita no habló del amor. Abrió los labios despacio, la cicatriz de su boca se había teñido de negro, por la garganta subió su voz, trémula, para decir: muero. Y a sus pies cayó buena parte del muro de la tienda. Los pies de Hipólita estaban sepultados ya. El emisario cerró los ojos.

## El juicio y la condena que sufrió Madame Noël

Madame Noël torció la boca para decir que no.

—¿Usted creó aquel monstruo? —le preguntó el juez, señalándole al Ser que estaba resguardado en una jaula.

—No —repitió Noël.

¿Y las pies que aseguraron encontrar en su casa, señora? ¿Cómo explica que su casa, o como quiera llamarle al sitio donde hacía estas aberraciones, esté llena de pedazos de piel?

—No lo sé.

Lo que ha hecho no tiene nombre, señora Noël. ¿Se creyó Dios?

Noël guardó silencio. En la sala, los testigos murmuraban, y en la última fila, Hipólita la miraba como si quisiera alcanzarla para decirle que, después de todo, los sufrimientos venideros serían como los que ya conocía, dados en su propia vida, y que los días siguientes serían breves.

En el cuerpo del Ser estaba conjugada la historia y la presencia de todas las criaturas vivas.

Cada pedazo de piel que lo formaba era, a la vez, semejante al de un oso, a la aleta dorsal de un delfín o a la pata de un caballo.

Los ojos del Ser miraban lo que miran la suma de ojos vivos en el universo, pero también los de quienes están naciendo y los ojos agonizantes de los enfermos.

Cuando Noël escuchó su sentencia bajó el rostro y tuvo agitaciones que gobernó, pero su falda se mojó con sus lágrimas. En ese momento, en un extremo de la sala, el Ser hizo un ruido parecido al de la madera quebrándose, pero de continuo, como si fuera un árbol partido por el viento; repitió el mismo sonido varias veces, unas alargándolo y otras en pequeños tronidos. Luego se escuchó el silencio. Noël temió por él y su destino, y pensó en la ruina que le vendría, en que nadie sabría que era necesario untarle aceites por todo el cuerpo deforme.

Noël no miró al juez; en cambio, giró la cabeza para observar a las personas que habían asistido al juicio. Las revisó una por una, las examinó para recordar sus rostros. Vio las pieles y sus capacidades elásticas, las manchas, las enfermedades traducidas en cicatrices leves.

Su mirada se detuvo en Hipólita porque ella le sonreía y le respondía viéndola a los ojos. Noël sonrió también y pensó que aquella mujer era parecida a Hipólita Thompson.

## Acerca del momento más grave en la vida de Madame Noël

Los guardias llamaron a la puerta con gritos de autoridad. Noël escribió sobre el espejo con un crayón para delinearse los ojos: “La vida huye como una sombra”, pero en latín, afirmaron los guardias: *Ut fugit umbra sic vita.*

## De las últimas acciones de Dios

En la tierra de los hombres, los viejos deambulaban por las calles. Sus asilos —numerosos edificios construidos en las afueras de la ciudad— fueron derrumbados. Y los viejos no tenían adónde ir. Nadie tenía adónde ir. Los ojos de los ancianos buscaban la oscuridad de las calles por la noche, casi ocultos bajo el pellejo de sus párpados, sus lágrimas acumuladas atrapaban la luz y las callosidades de sus ojos les daban un aspecto siniestro.

Las mujeres llevaban los postizos deshechos. Los hombres bien habidos caminaban sin saber adónde, en grupos, y sus trajes harapientos dejaban ver los calzoncillos con prótesis. Era el tiempo de la verdad.

Dios se despertó a media tarde, estaba solo. Cuando abrió los ojos observó su cuerpo aniquilado sobre la cama.

## Sobre lo sucedido a Hipólita Thompson cuando llegó al Más Allá

La recibieron dos muertos y cada uno la tomó de una mano para internarla en aquel campo donde el sol no dejaba de brillar. En el Más Allá no existía la noche.

El que la llevaba de la mano derecha le besó la frente y le habló:

—Te esperábamos, eres bienvenida.

La mujer que sostenía su mano izquierda le pidió que no tuviera miedo:

—Estás en un sitio donde es imposible lamentarse. No hay aquí ninguna de las penas existentes en la tierra de los hombres, ni las del sitio donde naciste. Estás en ninguna parte, Hipólita Thompson.

Cuando terminó de hablar, estornudó y el rostro se le despegó de la cabeza, como si fuera una máscara.

Hipólita se dejó llevar. Sus acompañantes le demostraban afecto y ella confiaba. Empezaba a creer lo que había escuchado, pues en aquel sitio no sentía el cuerpo. Abría los ojos, miraba: los fallecidos, con la ropa que habían usado en su último día de vida se reunían en círculos alrededor de hogueras de fuego inextinguible. Era, al parecer, el lugar donde nada fenecía. Cuando bordearon el primer lago de aguas púrpuras, Hipólita tuvo frío. Era un resabio de la muerte, era su parte humana que se estremecía.

La mujer de la mano izquierda la soltó. Ella quiso explicarle lo que había sentido hasta ese momento.

—No te vayas, necesito hablar contigo ahora. ¿Estaré sola aquí?

La mujer la observó en silencio; Hipólita no se daba cuenta de la paz en aquel sitio. La mujer le respondió:

—Aquí no te sentirás sola ni repudiarás la compañía de los otros. Es un lugar magnífico donde no tiene cabida la melancolía.

Se sentó alrededor del fuego con un grupo de fallecidos que reían. Quiso comprender la gracia de sus historias y escuchó con atención lo que contaban.

Se puso de pie y abandonó la fogata. Alzó la vista y vio al sol en el centro de la bóveda. En el horizonte observó el vuelo de una parvada de aves ruidosas. A lo lejos, sus ojos se detuvieron fascinados por el agua púrpura del lago, iluminada por el sol, y su bella

superficie inalterada por el viento.

A la orilla, distinguió a los dos fallecidos que la habían recibido sentados en una mesa; brindaban con dos copas en alto.

Hipólita Thompson estaba allí, de pie. El sol no se movía. Era la calma. Ya no existiría el tiempo, tampoco el pan. Entonces, se acostó sobre el suelo y nunca más volvió a dormir.

El beso de la liebre
© 2012, Daniel Tarazona
© De esta edición:
D.R. © Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, col. Acacias.
México, 03240, D.F.

ISBN: 978-607-11-2100-4
Conversión a eBook: ICG Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

**Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana**

**www.alfaguara.com/mx**


**Argentina**
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

**Bolivia**
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

**Chile**
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

**Colombia**
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

**Costa Rica**
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

**Ecuador**
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

**El Salvador**
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

**España**
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

**Estados Unidos**
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

**Guatemala**
www.alfaguara.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

**Honduras**
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

**México**
www.alfaguara.com/mx
Av. Río Mixcoac 274,
Col. Acacias

México, 03240, D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

**Panamá**
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

**Paraguay**
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

**Perú**
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

**Puerto Rico**
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

**República Dominicana**
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

**Uruguay**
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

**Venezuela**
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51